



LA VERDAD
**TIENE
MIL
COLORES**

JESÚS M. ALONSO PÉREZ

Como siempre, a mis chicas; Yosy, Cora y Elsa.

PRÓLOGO

—Mira Miguel—dijo mi padre—. Te tienes que dejar de tonterías y demostrar que eres un hombre de provecho.

No era la primera ocasión que oía aquello y, aunque estaba muy acostumbrado a escuchar con rictus serio, grave, como si me importara lo que me estaba contando, se ve que, por un día, algo se me escapó. Una mueca, un gesto, una de esas señales que dejan claro que estás pensando que no, que otra vez no, que vaya turra te espera, mientras te preguntas cuándo se acabará la charla.

—Ya veo que te da igual, que no te interesa esta conversación—continuó—. Perdona que te recuerde quien te ayudó a conseguir el trabajo en el banco, porque con tu expediente...

“...académico no te hubieran llamado ni para la entrevista. En el banco sólo cogemos a los mejores.” Todo un clásico. Quizás me recuerde también cuando me prestó el dinero para parte de la entrada del piso. Dinero que, por cierto, le devolví, si bien, suele obviar esa parte.

—Por no hablar de la entrada del piso que te di...

—Me prestaste, papá.

—Que te di —insistió, haciendo una pequeña pausa antes de seguir —para que te comprases el cuchitril donde vives en el barrio ese.

“*De mierda*”, le faltó añadir, era demasiado educado para expresarse así. Por otro lado, reconozco que siempre se le dieron bien los silencios dramáticos, justo como el que acababa de interpretar.

—Perdona que sea tan franco, pero es la verdad. Ha llegado el momento de que tomes decisiones para mejorar tu carrera y parece que no te importa.

No suelo quedar con mi padre a menudo. Sinceramente, lo evito un poco y creo que él también lo hace. Algún que otro domingo, antes de ir al fútbol, se acerca por el barrio y quedamos a tomar un café. Normalmente hablamos de cosas triviales, suelta algún reproche y se va al Bernabéu. No fue el caso aquel día.

—¿Sabes lo que me costó que te aceptaran en el curso para futuros directivos? —continuó—. ¿Lo sabes?

La pregunta quedó flotando en el aire, produciéndose un silencio incómodo.

—Supongo que mucho —respondí.

—Mucho, efectivamente. Por eso no me podía creer que renunciases. A veces me pregunto si quieres estar toda la vida instalando el Office o reiniciando ordenadores. ¿No te das cuenta de la oportunidad que te ofrecían?

—¿Acabar siendo director de sucursal?

—Así es— percibí que empezaba a enfadarse. — Como yo y no me mires así. ¿Acaso no crees que eso es una oportunidad? ¿Acaso no es una mejora respecto a tu puesto actual?

Esta vez no contesté y cogí la taza para darle un sorbo al café.

—Ya no te queda tanto para cumplir los 40 y sigues actuando como un universitario veinteañero. ¿Has pensado en eso? Seguro que no.

Había llegado el momento de acabar con aquella reprimenda, ya tenía suficiente para un domingo.

—¿Sabes algo de mamá?

Mi padre me fulminó con la mirada.

—¿A qué viene eso?—contestó con otra pregunta.

—Siempre dices que sois el ejemplo de pareja que se lleva bien después del divorcio y hace días que no sé de ella. A eso viene la pregunta.

Mi padre resopló, antes de volver a hablar.

—Ya sé qué estás intentando y no cuela. Si no quieres hablar de tema, ¡perfecto! No te voy a dar más la matraca.

Ya de regreso, rumiaba la conversación con mi padre. Me sentía un poco culpable. Mi último comentario no había estado bien ya que mentarle a mi madre había sido un golpe bajo. Bajo y efectivo, porque, a pesar de que lo llevaba “*muuy bien*”, era la manera perfecta de liquidar cualquier conversación, despedirnos de forma rápida e irnos cada uno por nuestro lado.

No obstante, era cierto que hacía mucho que no sabía de ella. Ahora vivía en Cádiz, en una casita junto al mar, con su nuevo marido.

“¿*Qué estará haciendo?*”, me pregunté. “*Seguramente estará pasando un rato bastante mejor que el mío*”.

Llegué a casa y me acordé de que tenía problemas más cercanos y acuciantes que resolver. Mis tres compañeros dejaban el piso, los tres, a la vez, sincronizados.

Si muchas veces es difícil encontrar un buen inquilino, imagínate tres, pero, además, cuando se cuenta con la hipoteca de una vivienda de cuatro habitaciones en el centro

de Madrid, o encuentras inquilinos pronto o puede ser tu ruina.

PARTE I: LA VIDA

I

Lunes. Me desperté con un sobresalto. El despertador del móvil emitía un desagradable sonido que, sin embargo, era muy efectivo. Me levanté, me vestí y desayuné como un autómatas. Veinte minutos después, me encontraba en el metro pensando en lo estúpido que había sido por no haber diversificado más. La tentación había sido demasiado fuerte. Mis últimos compañeros de piso habían sido tres estudiantes japoneses, educados, limpios y discretos que me pagaban una pequeña fortuna todos los meses sin rechistar. Eso sí, como vinieron, se fueron. En cuanto acabaron el curso regresaron a Japón, dejándome completamente sólo en una vivienda que no me podía permitir.

No se puede decir que les fuese a echar de menos, ya que apenas había tenido contacto con ellos más allá de la relación de casero-inquilino. Por descontado, iba a echar en falta tener la casa tan limpia y ordenada. Habían sido muchos años compartiendo morada y sabía que esa situación no era, ni de lejos, la norma. Me había cruzado con un gran número de personas y tenía una buena lista de anécdotas, algunas graciosas, otras no tanto, pero no me encontraba a menudo con gente limpia.

Había puesto un par de anuncios en las redes y tenía algún mensaje, ninguno muy prometedor.

“*Mejor eso que nada*”, pensé.

Mientras revisaba los mensajes, me llegó el primer email del día. Empezábamos pronto para ser lunes.

Ahí tenía que dar la razón a mi padre. Mi trabajo no era el más creativo del mundo y básicamente consistía en arreglar los problemas provocados por la ignorancia digital. Papá, a pesar de “*mi expediente*”, me consiguió el puesto según acabé la carrera de informática y desde entonces ando resolviendo incidencias. No creo que sea el sueño de ningún informático, aunque tampoco tuve nunca demasiada vocación. Ni tan siquiera durante la carrera me gustó programar y no soy el prototipo de *hacker*. Supongo que acabé estudiando informática porque tenía muchas salidas, o eso me decían, y al final, como otros muchos adolescentes que no tienen ni idea de lo que quieren, me dejé llevar.

El trabajo en el banco es cómodo, sin grandes responsabilidades y con un horario fijo. Incluso hay ocasiones que no es tan aburrido y todavía me sorprendo con algunas de las barbaridades que hace la gente. No nos engañemos, por muy tecnológicos que nos creamos, aún hay personas con un nivel muy bajo.

Como me había dejado claro la tarde anterior, a mi padre mi puesto le sabía a poco. Por eso estaba empeñado en que aceptase el curso para hacerme directivo, pero, si la informática no me motivaba gran cosa, estudiar para ser director de sucursal directamente me horrorizaba. Ese y no otro es el verdadero objetivo del curso, montar un criadero de directores de sucursal, ya que convertirse en un directivo de verdad, de los que mandan, es harina de otro costal.

Aun así, hay un montón de gente dispuesta a creerlo y se toman muy en serio lo de dejar de ser un número, abrazar el capitalismo y aprender todas las recetas liberales que puedan. No es mi caso, desde luego, y no lo iba a cursar por más que mi padre insistiese. Tampoco es cierto que esté tan cerca de los cuarenta, me quedan algunos años, así que tengo tiempo de intentarlo. Reflexionándolo bien, no sé a quién pretendo engañar, nunca tendré tiempo para eso y menos ahora.

Llegué a la oficina diez minutos tarde, subí a mi planta y estuve todo el día resolviendo problemas ajenos, mientras no daba con la solución de los míos.

*

—Muy bien José Manuel, en tu correo decías que eres informático.

—Sí.

Esperé unos segundos por si añadía algo más; uno, dos, tres, cuatro. Cuando quedó claro que no sería así, continué.

—Además decías que trabajas desde casa y que necesitas un lugar tranquilo.

—Sí.

José Manuel era una persona parca en palabras. Parca en palabras y bastante extraña, al menos, no tenía la apariencia de un tipo peligroso por lo que, atendiendo a mis urgencias, no me iba a poner muy quisquilloso con el candidato.

—Estoy seguro de que aquí vas a estar a gusto. Yo paso la mañana y, prácticamente, la tarde entera en la oficina por lo que estarás la mayor parte del día solo. Aunque te informo de que todavía me quedan dos habitaciones libres que me gustaría alquilar. ¿Tienes algún problema con eso?

—No, mientras no hagan ruido— respondió, encogiendo los hombros.

Me había acostumbrado a comunicarme apenas con mis compañeros de piso, y aun menos con los chicos japoneses, pero lo de José Manuel prometía ser toda una nueva experiencia.

—Si el dinero te cuadra, por mi parte adelante. No sé si tienes alguna otra duda.

—Nadie entrará en mi habitación, ¿verdad?

—No tendría por qué entrar nadie.

—¿Seguro?

—Bueno, a no ser que haya un incendio...—comenté jocoso.

—¿Si hubiera un incendio entraría alguien?—preguntó mostrando cierta preocupación.

—Supongo que, si hubiera una emergencia, se podría dar el caso de que alguien entrara en la habitación.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No sé, un bombero, el del SAMUR, ya sabes, personal de emergencias.

—Entonces no sé si quiero alquilar la habitación.

No daba crédito. ¿Estaría tomándome el pelo? Viéndole la cara era difícil que así fuera.

—Hombre, si hay una alerta, un incendio o algo así, y tiene que entrar un bombero, te pasará aquí y en cualquier lado, ¿no crees?

José Manuel permaneció pensativo unos segundos.

—¿Podrías firmarme un documento diciendo que nadie, ni en caso de emergencia, va a entrar en mi habitación?

—¿Estás de coña?

—No.

Mientras firmaba un papel donde se especificaba que, bajo ninguna circunstancia, y excluyendo zonas comunes, nadie podía entrar en otra habitación que no fuera la suya

(incluí mi propia habitación por el tema de la reciprocidad), me dejé una nueva nota mental en la que me insistía en no volver a poner todos los huevos en la misma cesta otra vez. “*Benditos japos*”, pensé, antes de devolverle su copia firmada a José Manuel.

El muy cabrón estaba contento o eso intuí, porque era difícil asegurarlo, al menos, relajó un ápice el gesto de estreñido crónico.

—¿Cuándo te vas a instalar?

—Ahora mismo. ¿Algún problema?

—Ninguno. ¿Dónde has dejado las maletas?

José Manuel señaló con un gesto una mochila que había dejado en la entrada. Era grande, vale, y estaba a punto de reventar, pero ¿de verdad era ese todo el equipaje que traía? Decidí no preguntar más.

“*Benditos japos*”, rumié de nuevo.

*

Veinte minutos después estaba merendando en la cocina. Un rato antes, José Manuel había entrado en su cuarto, cerrando la puerta tras él. Apuraba un yogur mientras me preguntaba qué estaría haciendo allí dentro. Nunca había experimentado demasiada curiosidad acerca de la vida privada de mis compañeros de piso, si bien, después de la insistencia casi patológica de mi nuevo fichaje, lo cierto era que me moría por saberlo. Imagino que es una reacción comprensible y muy humana, si no me hubiera dicho nada, ni puesto tanta emoción, no le habría dado importancia. Ahora necesitaba descubrirlo.

No obstante, renuncié a forzar la máquina, no estaba dispuesto a arriesgarme a perder a mi único inquilino que, además, me había pagado un mes por adelantado. Así que me conformé con conjeturar un poco.

Me había dicho que era programador, seguro que en la mochila llevaba un ordenador y parecía lógico que el secretismo estuviera asociado a este. Lo más probable fuera que estuviera relacionado con su trabajo que le exigía manejar datos sensibles y confidencialidad absoluta. Como informático, no era mi caso, si por confidencial se entendía algo más comprometido que la contraseña del Windows.

¿Y si era un hacker? José Manuel daba el perfil, totalmente, incluso se podía considerar el perfecto estereotipo de las películas. Lo primero que me pidió según cerramos el alquiler fue la contraseña del wifi, así que ya estaría conectado haciendo sus cosas de hacker, asaltando algunas redes ultra seguras, sólo por el placer de hacerlo.

“Un momento, ¿de verdad estoy especulando que José Manuel es un súper hacker que tiene en jaque a la CIA?”, me pregunté a mí mismo.

Como dice mi madre, tengo una fértil imaginación y, a menudo, me dejo llevar por ella. Lo más probable era que estuviera conectado a alguna página porno y no quería que nadie entrase en la habitación para que no le pillasen pelándosela como un mono. Así de simple. En cualquier caso, era mejor no darle muchas vueltas porque, en definitiva, me iba a tocar compartir el baño con él.

II

“*Siempre nos quedará Malasaña*”. Al menos, eso es lo que reza una pintada en la esquina de la Corredera baja de San Pablo con la Plaza de San Ildefonso. Se trata de una pequeña imagen, en blanco y negro, con la figura de Humphrey Bogart y la frase escrita a su lado. El retrato pintado en la pared no es muy grande, apenas tiene unos centímetros, y cada vez que paso me quedo observándolo durante unos segundos.

Quizás, porque “*siempre nos quedará Malasaña*” he vivido allí desde que me independicé y no solo porque me guste la zona o porque sea cómodo para moverte por Madrid. A lo mejor es una señal, algo definitorio de lo que soy o, por lo menos, de lo que quiero ser.

El barrio ha cambiado mucho desde que empecé a frecuentarlo cuando montaba un botellón tras otro con los colegas de clase. ¡Y menudos botellones! Era bastante liberador para un chico criado en el extrarradio, un extrarradio pijo además, de los de chalés con parcela y rodeado de centros comerciales. En aquella época, Malasaña era un poco decadente, tenía un toque canalla y atraía a miles de personas todos los fines de semana. Me ofrecía una nueva posibilidad de probar cosas nuevas, mezclarme con gente de

aquí y allá sin un patrón determinado, en contra del patrón único en el que me había criado.

Durante esos días también padecí el síndrome de la *Cenicienta*, sólo que, en vez de huir del baile antes de que se rompiese el hechizo a medianoche, yo salía pitando para no perder el último búho de Moncloa. Muchas veces era frustrante, cuando mejor se ponía la noche, debía marcharme. ¿Cuántas chicas dejé sin besar, chistes sin contar o gente por conocer? Acaso por eso, en el momento que pude elegir donde vivir, resolví hacerlo allí, un lugar tan céntrico que era imposible, impensable, perderse nada, si bien, últimamente me da tanta pereza que me lo pierdo todo, aunque lo tenga justo en la acera de enfrente.

Así, si alguien me pregunta por qué lo elegí, contestaré que la culpa la tiene la *Cenicienta*, que tampoco quiso quedarse en las afueras, pudiendo ir a una fiesta en el centro que es, como todo el mundo sabe, por donde andan los príncipes.

Como decía, la zona ha cambiado de manera considerable desde aquellos días y, a Dios gracias, se ha civilizado respecto a la época de la movida. Viéndolo con perspectiva, no hubiera sido una buena idea vivir allí en los tiempos que cualquier portal era una trinchera para organizar un botellón y cada esquina un urinario. Hacer la mezcla del calimocho con la bolsa de plástico del chino no era muy limpio y lo que se derramaba en el suelo es la sustancia más pegajosa del mundo. No me imagino el coñazo que suponía entrar en el portal y subir por las escaleras, escuchando el crujido de la suela al quedarse pegada al escalón, mientras olía a orines, pero así lo tuvieron que sufrir muchos.

Ahora es completamente distinto y la gente prefiere tomarse un *smoothie*, a un buen calimocho con vino Don

Simón. Ver para creer. Para muchos se ha convertido en un distrito para hípsters y pijos progres, perdiéndose la esencia de siempre. No lo sé, quizás tienen razón, seguramente yo mismo sea uno de ellos, sin embargo, para los que moramos aquí, hemos mejorado bastante.

Otras de las ventajas del barrio es la gran cantidad de tiendas de cómics que hay por la zona. Hay un buen número de ellas, casi tantas como estudios de tatuajes. Me encantan los tebeos y la variedad es notable. Puedes ir a Red Flack y encontrar cómics de importación, también puedes, más abajo, visitar *The Comic Co* y, cruzando San Bernardo, disfrutar de la galería de Daniel, el *Arte del Cómic*. En definitiva, un paraíso para un fan de la historieta. Mucha gente que conozco se sorprende porque no doy la imagen, el estereotipo más bien, del jugador de rol, pero es innegable que poseo miles de cómics, así que no creo que deba negar que soy un poco friki.

¡Ni que fuera algo malo!

En definitiva, me siento muy de mi barrio, me gusta, lo disfruto y no me iría a vivir a otro sitio ni por todo el dinero del mundo.

*

Este sentimiento de pertenencia es en gran parte responsable de las penurias que padezco. Vivir en Malasaña es casi prohibitivo, especialmente cuando te has hipotecado en un piso de cuatro habitaciones. Ni yo me explico cómo llegué a meterme en semejante lío y, si tuviera que elegir una forma se explicarlo, continuaría con el símil de los cuentos infantiles.

La culpa fue del pirata Roberts, sólo que no se trataba de Wesley, este se llamaba Pepe.

Pepe había vivido siempre en aquella casa y era el único hijo de un adinerado matrimonio que le consintió una vida regalada. El muchacho nunca dio un palo al agua y sus días transcurrían entre el bar, el sofá y la cama. Un buen día, su padre se jubiló y pensó en mudarse con su mujer a Marbella. Pepe sopesó la situación y, tras darle unas cuantas vueltas, se plantó delante él para informarle de su decisión.

—Seguro que no está tan mal vivir en Marbella, cuenta conmigo—expuso confiado.

En cambio, su padre le dijo que no, que en ningún momento había contemplado la posibilidad de que se fuera con ellos.

—¿Qué va a ser de mí?— preguntó, perplejo.

El hombre se encogió de hombros y, sin abrir la boca, prosiguió leyendo el periódico. Por suerte para Pepe, su madre terció y llegaron a un acuerdo. Pondrían el piso de Madrid a su nombre, con la condición de no ingresarle más dinero mientras siguieran vivos. No fue un mal trato que, además, le permitió seguir subsistiendo sin trabajar. Era un espacio grande y podía tener hasta tres inquilinos que, viendo lo precios de las habitaciones en el centro de Madrid, le proporcionarían ingresos suficientes para mantenerse sin muchas dificultades.

Uno de esos inquilinos fui yo. Vivir con mi casero era fácil, tenía buen humor, no descuidaba demasiado las tareas domésticas y era comprensivo si algún mes tenías algún problema con el alquiler. Me sentía cómodo y así pasaron los meses, los compañeros y, poco a poco, fuimos adquiriendo cierta confianza. No creo que se pudiera decir que fuéramos amigos, pero algunas noches las pasábamos tomando una cerveza, charlando o, simplemente, viendo la televisión.

Fue una de esas noches cuando surgió la idea y, que estuvieran pasando “*La princesa prometida*” por la tele fue determinante. Algo tiene esa película que la empiezas a ver e, inevitablemente, como si no hubiera más canales, dejas el mando a distancia sobre la mesa. Eso fue justo lo que ocurrió.

Estábamos repantigados en el sofá, en silencio, escuchando aquello de “*Hola, me llamo Íñigo Montoya, tu mataste a mi padre, prepárate a morir*”, si bien, fue la parte donde Wesley le cuenta a Buttercup el secreto del pirata Roberts, la que iluminó a Pepe.

—Eso mismo debería hacer yo. Vender esto y, con la pasta que saque, irme a vivir a la playa como mi viejo.

—No es ninguna mala idea—dije yo, sin mayor intención que darle la razón.

—¡Pues claro que no es mala idea!—exclamó, girándose hacia mí—. Es una idea de la hostia. Bien gestionado, este piso se paga solo.

En ese momento no caí que estuviera pensando en mí como el nuevo capitán Roberts, no obstante, un par de meses más tarde salía de la notaría con una escritura bajo el brazo, mientras mi padre, en su línea, no escatimaba críticas para dejarme claro lo poco que le gustaba mi nueva propiedad.

III

—Trabajo en una sauna en Chueca—respondió Carlos a mi pregunta sobre su empleo actual.

Rememoro el día que conocí a Carlos y tengo la sensación de que fui un tanto maleducado porque, sin querer, torcí el morro. No tengo ningún prejuicio con las personas gay, de verdad, lo sé porque ya había tenido compañeros homosexuales antes. Mi duda venía más a cuenta de los posibles riesgos financieros que me ocasionaba tener un inquilino con ese empleo.

“¿Cuánto se ganará en una sauna?”, me pregunté.

—Ajá—acerté a decir.

—También hago bolos bailando en algunas discotecas.

—Muy bien.

—El piso es amplio, ¿no? —comentó, echando una mirada a su alrededor.

—Lo es, sí. Cuatro habitaciones bastante espaciosas y el salón no está mal. Por cierto, ¿qué horarios tienes? —inquirí, con las exigencias de José Manuel en mente.

—Curro por las noches, así que las mañanas las paso durmiendo. Por las tardes suelo ir al gimnasio y a veces entreno en casa.

Viendo su buena forma física, era evidente que dedicaba varias horas al día a entrenar.

—Cuando entrenas en casa, ¿haces mucho ruido?

Antes de responder, me miró extrañado por la pregunta.

—Supongo que no. ¿Hay algún problema?

—No, no, disculpa—procuré justificarme—. Uno de los inquilinos teletrabaja y necesita todo el silencio posible.

—Entiendo.

Percibí que a Carlos no le estaba gustando la última parte del cuestionario.

—Mira si vas a sentirte incómodo con mi trabajo, mis horarios o mis costumbres, igual es mejor que me vaya y busque otro sitio.

—De verdad, no hace falta y perdona si te he parecido un poco inquisitivo—expuse a modo de disculpa—. En estos tiempos, ya sabes.

“*En estos tiempos, ya sabes*”, me dije, según pensaba que era una excusa muy manida. A ver, ¿qué tendrán estos tiempos? No lo sé. En realidad, no creo que sean, ni de cerca, de los peores.

Lo escucho y me imagino a un romano diciéndoselo a otro mientras le pide unos sestercios de más, “*en estos tiempos, ya sabes, Pompeya y tal...*”, o a un árabe en la época del califato Córdoba a la que timaba a un viajero cristiano “*...ya sabes, desde Carlomagno...*” o a Napoleón justificándose con Josefina “*...la guerra y tal, estos tiempos, ya sabes...*”. Reconozco que la frase funciona, aun así, quitando desastres de verdad, como una guerra mundial o la peste negra, ¿realmente los tiempos son tan malos que justifican casi cualquier cosa?

—Si quieres la habitación es tuya—zanjé la cuestión.

*

Carlos se instaló al día siguiente y por la reacción de José Manuel, más bien, la poca reacción, intuí que no le parecía mal. Daba la impresión de que no tenía prejuicios y que Carlos fuera gay no le importaba. Eso, si se había dado cuenta, porque no estaba seguro de que así fuera.

Los prejuicios contra las personas homosexuales los encuentro chocantes. Porque los hay y muchos. Es verdad que, quitando algunos, nadie lo expresa abiertamente, al menos, en público. De hecho, es curioso que todo el mundo dice tener un amigo gay, algo que te debe incluir en el saco de los tolerantes de manera automática, aunque luego te hinchas a hacer chistes o a distribuir memes de bastante mal gusto.

Concesiones al humor, se excusan algunos, como Arévalo, conocido por su tolerancia al contar sus chistes de mariquitas. No obstante, si el tema nos afecta más en lo personal, es cuando realmente demostramos lo preparados que estamos para lo diferente. Luego está Twitter, claro que allí es tan normal echar mierda, que tampoco veo por qué tendría que ser otra forma.

Será por la influencia de mi madre, pero no comparto esos recelos y no hago distinciones entre heteros y gays. Entre gente de derechas y de izquierdas sí, muchas, y supongo que eso también es influencia de mi madre. De mi padre seguro que no, eso lo tengo claro.

Recuerdo un día que me estaba tomando un café con algunos compañeros de la oficina. Faltaba poco para las fiestas del orgullo gay, y como cada vez que se acerca esa fecha, había cierto debate que siempre empieza con un “*yo no tengo nada en contra, pero...*”.

¿Por qué tenemos que pagar ese despliegue con mis impuestos? ¿Por qué tiene que haber subvenciones para esto?

¿Por qué tienen que cortar el centro? ¿Por qué no puedo pasear con los niños sin que vean ciertas cosas? ¿Por qué tenemos que permitir que se ensucien así las calles?

En fin, las mismas preguntas que se podría hacer cualquiera cuando el Madrid gana la Liga.

Aquel día la conversación derivó en qué harías tu si, dándote una vuelta por el centro el día del orgullo, un tío intentase ligar contigo.

—Le daba así, con la mano abierta—aseveró uno, haciendo el gesto de echar la mano hacia atrás.

—Eso no se puede permitir—añadió otro con gesto grave.

—Pues fíjate que me parecería una especie de halago—dije yo—. No sé, pudiendo fijarse en otro, si se fijan en tí, será por algo, ¿no?

A continuación, se produjo un silencio incómodo, en el que todos los presentes nos quedamos mirando como dábamos vueltas al café. Estuvimos así hasta que alguien mencionó que tenía que volver al trabajo y aprovechamos para irnos de allí. No puedo decir que aquel comentario tuviese alguna consecuencia, salvo alguna risilla furtiva. Sólo hubo un asunto del que me excluyeron y resultó una ventaja más que un inconveniente. Semanas después, a alguien se le ocurrió hacer un grupo de *WhatsApp* entre los compañeros de la oficina. “*Machotes*” lo llamaron y no me invitaron a unirme, lo cual, agradecí infinitamente presumiendo el contenido que me podía encontrar allí.

*

—Miguel, ¿tienes un minuto? —me preguntó José Manuel desde la entrada de mi dormitorio.

En contra de sus propios hábitos, yo no solía cerrarme en mi habitación hasta la hora de irme a la cama. Así, pese a que

la puerta estaba abierta, José Manuel cumplió estrictamente las condiciones de nuestro convenio.

—Sí, claro—contesté.

—Es respecto al chico nuevo, Carlos, ¿verdad?

—Así es, se llama Carlos—empecé a sospechar que a lo mejor no era tan tolerante.

—No es que me meta en tu manera de llevar la casa, ni mucho menos, sólo me preguntaba si le habías incluido la cláusula sobre mi cuarto en su contrato.

Me sorprendieron dos cosas. La primera, desconocía que pudiera hablar tanto de seguido y, la segunda, que pudiera hacerlo de forma educada.

—La verdad es que no— me sinceré—. No es algo muy común y tampoco sabía si era legal incluirla en su contrato.

Mentí, lo cierto era que se me había olvidado por completo, pero no hacía falta contarlo todo. José Manuel se quedó meditando unos segundos observando el suelo, chasqueó los labios, se giró y se fue sin decir nada más. Aquel ataque de cortesía había sido un espejismo que no podía durar.

*

—Miguel, ¿tienes un minuto? —me pregunto Carlos desde la entrada de mi dormitorio.

—Sí, claro, pasa—respondí.

—Verás—empezó a decir, sujetando un folio en la mano —alguien me ha pasado este papel por debajo de la puerta.

—¿Puedo verlo?—le pedí, sabiendo de antemano que era una nota de José Manuel.

Carlos me entregó el papel y lo leí.

—¿Esto es normal? —preguntó.

—No—respondí—. Tuve que firmar uno similar cuando José Manuel se vino a vivir aquí. Pensé que era sólo una

obligación entre él y yo. No me imaginaba que te lo pediría a ti también.

—No es que pretenda entrar en su cuarto ni nada parecido, pero igual me lo tenía que haber preguntado en persona o haberlo hablado los tres, ¿no crees?

—Tienes toda la razón—reconocí—. Me temo que José Manuel no es una persona muy sociable.

—Entonces, ¿qué hago?

—Sinceramente, lo mejor es que firmes el papel y te olvides del tema. Mientras nadie entre en su habitación, no vamos a tener problemas. No puedo obligarte a hacerlo, por supuesto, pero si firmas, seguro que estaremos más tranquilos.

Carlos sopesó mi idea y asintió. Cogió un bolígrafo que tenía encima de la mesa y firmó el folio.

—¿Te importa devolvérselo?

Recogí el papel y lo guardé en un cajón.

—No te preocupes y muchas gracias—sonreí, mientras Carlos salía de la habitación.

“*Le debe gustar el piso una barbaridad para aguantar esto*”, conjeturé. Si me pasara a mí, probablemente estaría buscado otro sitio.

Más tarde, como siempre que salía el tema de las manías de José Manuel, empecé a darle vueltas acerca de lo que hacía ahí metido todo el día.

¿A qué venía tanto misterio?

Tenía que ser algo más que unas pajas. Igual sí que era asunto relacionado con su empleo, aunque, si tan secreto era, ¿por qué le permitían trabajar desde un inmueble compartido con unos desconocidos?

Lo mismo sólo era que estaba como una regadera y, como en cada oportunidad que me daba razones para afirmarlo, echaba de mucho de menos a Hiroshi y a Shigeru.

IV

—Papá, dime que no les has votado.

Mi padre no contestó inmediatamente. Se lo pensó un momento y tomó un poco de café antes de hablar.

—No tendría por qué contártelo, pero sí, les voté. ¿Qué pasa? Tu problema es que vives en el mundo de la piruleta. Si tuvieras dos dedos de frente, te darías cuenta de que son los únicos que pueden salvar España.

—¿Salvar España?— estaba alucinando—. ¡Si son una panda de fachas!

—Eso es lo que quieren que creas. Ahora a cualquiera que sea un patriota y que se sienta orgulloso de la bandera de España, le llaman facha. Tan solo dicen las cosas como son. ¿O es que no están intentando romper España? ¿O es que los inmigrantes no están copando nuestros servicios? ¿O es que no nos están judicializando por ser hombres?

Me eché las manos a la cabeza. Escuchar a mi padre era como leer los tweets de Santiago Abascal. Sin embargo, le miraba a los ojos y no estaba totalmente convencido de que esa fuera su verdadera opinión.

—¿A ti los inmigrantes te han quitado alguna vez algo?

—Boadilla está lleno.

—Por supuesto, porque se dedican a limpiaros las casas y a cuidar de vuestros niños y ancianos. Tú mismo, tienes a una chica peruana que te limpia el chalé. ¡Seguro que ni la tienes dada de alta!

—Esa no es la cuestión—dijo indignado—. ¿Te has planteado si el Coletas ha dado de alta a la gente que tiene trabajando en la mansión esa que se ha comprado?

Siempre acaba igual. Cuando no tienen más argumentos, atacan a diestro y siniestro a los de Podemos como blanco predilecto. Lo curioso es que me lo echaba en cara como si yo fuera el propio Pablo Iglesias y eso que sabía perfectamente que no les había votado jamás.

—Te han lavado el cerebro en el club social de la urbanización. Votas lo que votas sólo por no desentonar con ellos. Te conozco y no eres así, no eres tan retrógrado.

—¡Mira quien fue a hablar de lavar el cerebro! Espabila y déjate de milongas. La izquierda no funciona. Son una panda de ladrones que van a acabar por convertir España en la nueva Venezuela.

Otro clásico.

—Ya estamos con Venezuela. ¿Sabes qué me llama la atención? —indiqué enfadado—. Que nunca nos acordamos de Venezuela, pero en época de elecciones, las televisiones dedican medio telediario a relatar, con pelos y señales, lo mal que están.

—Lo cuentan porque es la verdad. Madura de una vez, Miguel, que tienes cuarenta años.

Me moría de ganas de chillarle que dejase de exagerar, que todavía me quedaba bastante para cumplir los cuarenta, que no entendía cómo podía votar a esa gente y que debía dar de alta a la chica peruana. Por fortuna, me contuve. No tenía

sentido seguir batallando con él, para un par de horas que pasábamos juntos.

—¿A qué hora es el partido? — cambié de tema.

—A las seis, así que tengo que ir pensando en irme. Hoy el partido promete, aunque últimamente no estamos jugando muy bien.

—Para los madridistas, el equipo nunca juega bien.

—Joder, Miguel, ¿también vamos a discutir por el fútbol? Dame un respiro.

Mi padre decía tacos en contadísimas ocasiones, lo que era muy indicativo de su estado de ánimo, así que permanecí en silencio unos segundos. Era mejor dejarlo correr. Apuré lo que me quedaba del café e hice un gesto al camarero para que nos trajese la cuenta. Cuando este la dejó sobre la mesa, papá ojeó el tique y puso un billete de diez euros en el platillo.

—Este barrio es cada día más caro, no sé cómo te da para vivir aquí.

—Voy mejor, ya tengo a dos inquilinos y espero tener pronto un tercero.

—Una familia, esa debería ser tu prioridad...

Me había pedido una tregua y parecía que él mismo se la iba a saltar.

—Ya hablaremos de eso otro día— reuló.

Salimos de la cafetería y nos despedimos de forma apresurada, mi padre tenía prisa y no quería perderse ni un minuto del partido.

*

Llegué al portal y me detuve unos instantes antes de abrir el portón. Mi padre tenía la capacidad de sacarme de quicio. Estaba acostumbrado y sabía controlarme, si bien, esa tarde, había perdido los papeles con la política. Le veía poco, muy poco, y desde luego no era mi plan favorito para pasar la tarde

del domingo, pero para un momento que compartíamos, no me apetecía acabar discutiendo.

Accedí al edificio y me dirigí hacia la escalera. Pese a que teníamos ascensor, subía andando, al final, era sólo un piso y el ejercicio no me venía mal. Entré en casa y me senté en el sofá con la intención de ver un rato la televisión. Pensé en poner el partido a ver si, por casualidad, perdía el Madrid.

Encendí la tele y, allí sentado, me llamó la atención una escena insólita. Junto al gran ventanal del salón, Carlos pedaleaba frenético en su bici estática. Justo al otro lado, sentado en un taburete de la cocina americana, José Manuel comía un sándwich y miraba, absorto, el móvil. Viéndolos juntos, calculé que los dos debían tener alrededor de veintiocho o veintinueve años, sin embargo, ahí acababa cualquier parecido que pudiera haber entre ellos.

Carlos se exprimía en la máquina mientras escuchaba música a través de unos enormes auriculares. Se encontraba en camiseta de tirantes y mallas y me di cuenta de lo realmente cachas que estaba. Para ser sincero me dio cierta envidia, por un lado, por el cuerpazo que tenía y, por el otro, por la cara de felicidad que lucía. El sol que entraba por el ventanal le recortaba la figura de forma que reforzaba la impresión de estar viendo el Instagram de algún famoso. También le envidiaba la media melena castaña, que se había recogido en una especie de moñito en la nuca. Inconscientemente me llevé la mano a la frente y, para mi disgusto, comprobé que tenía muchas más entradas de lo que me gustaría. Giré la cabeza y me fijé en José Manuel con más detalle.

“A este no le tengo envidia”, razoné.

Desde luego, no exhibía la figura de atleta griego de Carlos. No es que estuviera gordo, que no lo estaba, aunque

se adivinaba una curva, a la altura de la barriga, debajo de la camiseta negra que siempre vestía, junto con unos pantalones vaqueros que le estaban un par de tallas grandes.

Me encontraba con él y me daba la sensación de que llevaba la misma camiseta. Igual tenía otras más o menos similares, pero recordando el equipaje que traía, estaba prácticamente seguro de que sólo poseía esa. Tenía el pelo moreno, muy corto, casi rapado, y llevaba barba, la cual, le crecía a ronchones de manera descuidada, aquí un poco más, allá un poco menos. Como diría mi madre, si se arreglase una “*miaja*”, igual no estaba tan mal, si bien, lo de arreglarse no iba con él.

Allí estábamos los tres, por primera vez desde que vivíamos juntos, compartiendo el salón en una especie de tranquila convivencia. Me dije que, pese a todo, quizás funcionaría. Justo después de ese pensamiento, José Manuel se levantó del taburete, soltó un sonoro eructo y se metió en su cuarto sin mediar palabra.

V

Alguien podría argumentar, con razón, que éramos un trío muy disfuncional, pero jamás se imaginaría los límites que conseguimos alcanzar. Si ese proceso tuvo un principio, ese fue un viernes, en una estación del metro.

Aquella noche, el metro estaba prácticamente vacío. Rondaba la medianoche cuando accedí al tren tras una cena de despedida de un compañero que dejaba el banco. No había sido nada memorable, picamos algo, bebimos vino y champán y nos recogimos pronto. Sin más planes, regresaba a casa, deseando no encontrarme a José Manuel eructando o pedorreándose por ahí.

El convoy se detuvo en una parada y una mujer se subió al vagón. La joven llamaba la atención por varios motivos, el primero porque era extremadamente atractiva, el segundo, que iba vestida con un ceñido traje de noche negro bastante sugerente y, por último, arrastraba un enorme macuto lleno hasta los topes. La chica se dejó caer en uno de los asientos y, por su cara de pocos amigos, no debía ser su mejor noche.

La observaba de reojo, disimulando en lo posible para que no me pillara, aunque era difícil que así fuese ya que parecía ajena a todo lo que le rodeaba. Tenía el pelo moreno

y lo llevaba recogido en la nuca, exceptuando dos mechones que le caían hacia los lados del rostro. Unas finas cejas enmarcaban unos grandes ojos marrones, muy expresivos, que en ese momento desprendían fuego y cierta melancolía. Era más bien menuda, no debía de pesar más de cincuenta kilos, sin embargo, no daba la impresión de ser una persona frágil. Algo en su interior emitía una especie de energía que resultaba magnética.

Mi imaginación empezó a carburar. ¿Qué le había pasado? ¿Adónde iba? ¿Por qué estaba tan abatida?

Especulaba con lo que le ocurría, cuando el metro paró en la siguiente estación. En esta ocasión, se subió al coche un individuo dando tumbos. Era un tipo tres o cuatro años más mayor que yo, llevaba puesto un traje y estaba completamente borracho, como si hubiese salido de la oficina y liado un poco con los compañeros. En realidad, más que un poco, se había pasado siete pueblos y apenas se tenía en pie.

Se sentó justo enfrente de la joven y se quedó contemplándola sin ningún disimulo. Ella actuaba como si el individuo aquel no estuviera allí, él era cada vez más descarado y yo intuía que se iba liar. Empecé a sentirme incómodo, como siempre que me encontraba ante una situación violenta. Anticipaba los sucesos que iban a producirse y, como no estaba seguro de tener el valor suficiente para actuar si la situación se ponía fea, me invadía cierta desazón. Como temía, no me equivocaba.

—¿Qué llevas en ese saco?—curioseó el hombre.

La chica lo ignoró por completo, como quien oye llover. Pero el borracho no se rendía fácilmente.

—¡Oye, que te estoy hablando!

La réplica fue la misma que la anterior; un profundo desdén. El hombre se levantó del asiento y se encaró con ella.

—¿Qué pasa?— insistió, acercándose más—. ¿Estás demasiado buena para contestarme?

Esta vez la mujer se giró, clavó sus pupilas en el rostro del hombre y le dedicó una mueca de desprecio. Tambaleándose, el tipo regresó a su asiento sin perderla de vista y riéndose entre dientes. Apenas duró unos segundos sentado, porque se incorporó y volvió a situarse a pocos centímetros de ella.

—¿No me vas a contar qué llevas ahí?—señaló el macuto.

Por mi parte, la sensación de disgusto continuaba creciendo, así como las dudas de si debía actuar o, mejor dicho, si sería capaz de hacerlo.

—Oye, no actúes como si no estuviese aquí, ¿me entiendes? —se estaba empezando a enfadar—. ¡No sé quién coño te crees que eres!

El tren dio un fuerte bandazo. El hombre perdió el equilibrio, intentó agarrarse a la barra sin éxito, resbaló y, tras tropezar en un par de ocasiones, cayó pesadamente al suelo. La chica comenzó a reírse y eso no le gustó en absoluto.

—¡A ti qué te pasa, zorra! —gritó airado.

Aquel exabrupto provocó que todos los que estábamos en el vagón diésemos un respingo, incluso alguno se hizo un ovillo en su asiento, sin embargo, en la chica produjo el efecto contrario. Como si alguien hubiera accionado un resorte, se puso de pie y le estampó una patada en plena cara a aquel tipo.

—¿A quién llamas zorra?—exclamó, mientras le golpeaba de nuevo.

El hombre empezó a sangrar por la nariz y, desde el piso, observaba a la chica con una combinación de sorpresa y odio.

—¡Serás hija de puta! —profirió, según se cubría el rostro con las manos e intentaba alejarse de ella.

Los que estábamos en el vagón, visualizamos la escena ensimismados, sin pestañear siquiera.

—Zorra, hija de puta. No eres muy original—la joven se acercó a la bolsa que llevaba y, de esta, sacó una pistola.

Entonces sí, inevitablemente, el resto de los pasajeros nos dimos un buen susto, algunos incluso intentaron ocultarse detrás de la última fila de asientos. Yo mismo lo intenté, pero me habían quitado el sitio.

—Ahora ya no eres tan valiente—señaló, apuntado al borracho.

Por un instante se paró el tiempo y aún recuerdo la escena como si fuera una imagen fija donde la joven, enfundada en su traje semitransparente de fiesta, encañonaba a aquel desgraciado que balbuceaba palabras inteligibles. A continuación, se acercó un poco más y, muy despacio, situó el arma a un palmo de los ojos del hombre. Los demás aguantamos la respiración, inmóviles, hasta que apretó el gatillo y sonó un “*click*”.

—¡Ay, ay, ay! — gimoteaba aquel sujeto que, dolorido, se palpaba la frente donde había recibido el impacto.

Apartó las manos de la cara y pudimos ver que tenía un círculo rojo justo entre los ojos y, aunque incrédulo, estaba agradecido de seguir con vida.

—¿No pensaríais que me iba a cargar a este gilipollas? —comentó la mujer, dirigiéndose a nosotros como si, de repente, nos conociera de algo—. ¡Es una pistola de balas de plástico!

Apretó de nuevo el gatillo y un pedazo de plástico salió disparado hacia donde estábamos el resto de los ocupantes

del coche que, tapándonos la cabeza, echamos cuerpo a tierra mientras la bala rebotaba por las paredes del vagón.

La chica empezó a reírse con ganas en el momento en el que alcanzamos la siguiente parada. Cuando el convoy se detuvo y se abrieron las puertas, agarró su equipaje y se apeó, dejándonos allí, aún perplejos, sin poder entender lo que acabábamos de presenciar.

*

No tengo ni idea de por qué salí del tren detrás de ella. En circunstancias normales no hago cosas tan impulsivas y mucho menos persigo mujeres armadas con pistolas con balas de plástico, pero, aquella noche, el instinto me llevó a romper esa regla.

La chica arrastraba la bolsa por el andén y se dirigía a las escaleras mecánicas que ascendían al nivel superior de la estación. Avanzaba despacio, como si le diese igual cuanto tardara y no tuviera dónde ir. Tal vez fue por eso por lo que me animé a abordarla.

—Perdona, ¿estás bien? —me interesé por ella.

La joven se giró hacia mí sin responderme.

—Te preguntaba si estabas bien —insistí—, después de lo del imbécil de antes.

—Sí, estoy perfectamente—afirmó—. ¿Quién eres tú, mi hada madrina?

—No, no es eso. Es sólo que pensé que necesitabas ayuda—dije, señalando el macuto.

—Eso es algo que no te importa—indicó, dándose la vuelta y comenzando a caminar de nuevo.

—¿Tienes donde quedarte esta noche?

Bruscamente, la chica soltó el bulto que portaba y se encaró conmigo airada.

—Mira, no sé si eres un gilipollas como el tío de antes, un delincuente o un pervertido. ¿De verdad crees que me voy a ir contigo?

—Tengo una habitación libre que necesito alquilar y, a lo mejor, te podría interesar.

Pareció relajarse. Durante un corto espacio de tiempo, se mantuvo inmóvil, abstraída. Intuí que asimilaba mis palabras y, verla dudar, me confirmó que no tenía donde ir.

—Ahora mismo no estoy pasando una buena racha y no puedo permitirme un alquiler—volvió a agarrar el saco de tela donde llevaba sus cosas—. Pero muchas gracias por la oferta.

A mis problemas financieros no les gustó nada escuchar aquello y aún menos lo que planteé a continuación.

—No tendrías que pagarme por adelantado, podría esperar a que tuvieras el dinero.

—No sé por qué insistes tanto —de nuevo aparentaba estar recelosa, aunque, sin duda, estaba valorando mi propuesta—. Si decidiera aceptar tu proposición—dijo unos segundos más tarde—, te tiene que quedar claro que no me voy a acostar contigo. Te lo advierto, como intentes algo, lo que sea, lo que ha pasado antes con ese pedazo de capullo te iba a parecer una broma, ¿entendido?

—Entendido—asentí con la cabeza.

—Me llamo Emma—alargó la mano.

Era la primera vez que cerraba un alquiler con una amenaza, si bien, después de lo de José Manuel, tampoco me pareció tan raro.

VI

Me desperté ese sábado por la mañana y en lo primero que pensé fue en las consecuencias de lo sucedido la noche anterior. No me arrepentía, por supuesto, pero tener a Emma en casa podía conllevar dos problemas. El primero que no estaba claro cuánto tiempo se iba a quedar y, de hacerlo una temporada, cuando me iba a poder pagar el alquiler, si es que lo hacía algún día. Necesitaba tener los ingresos de las tres habitaciones ya que, si no fuera así, llegaría muy apurado a fin de mes. El segundo problema consistía en la posible reacción de mis otros dos inquilinos, si descubriesen el trato de favor que le ofrecía a Emma. Por descontado, el alquiler que le cobraba a cada uno era cosa mía, aunque, en caso de que hablasen entre ellos y comparasen, podía generar inconvenientes si, por ejemplo, alguno me pidiese una rebaja en el pago de la mensualidad.

Como las tres habitaciones eran parecidas, solía pedir la misma cantidad a todo el mundo, salvo algunas excepciones. Era como una tarifa plana por el dormitorio y el uso de zonas comunes. Con Emma, la teoría era la misma, la realidad, en cambio, era muy distinta.

Analicé las posibilidades y tampoco tenían por qué ser tan malas. Interactuar con José Manuel era complicado y mantener una conversación tan larga con él, como para que saliese el tema, sería casi un milagro. Carlos, en cambio, era más empático y, precisamente por eso, estaba convencido de que, si se enterase de las circunstancias de Emma, las comprendería y toleraría la situación. Aun así, decidí que lo mejor era hablar con ella y pedirle que fuera discreta con ese tema para evitar situaciones embarazosas.

Me levanté de la cama y, como tenía bastante hambre, me fui directo a la nevera. La cocina era de tipo americana y contaba con una mesa alta y alargada que se situaba paralela a la zona de los fogones. Había sido el primero en despertarme por lo que me lo tomé con tranquilidad. Me preparé un buen café y un par de tostadas que, una vez listas, tenían una pinta fabulosa. Satisfecho con el resultado, me senté delante del plato, saqué el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y leí las noticias del día mientras desayunaba.

No había acabado de comer cuando escuché un “*bip*” que indicaba que me había llegado un mensaje de WhatsApp. Me metí en la aplicación y vi que me lo había enviado Maripi.

María del Pilar Bustillos, Maripi, ha sido la chica de al lado desde que tuve uso de razón. Nació y creció justo en el chalé contiguo al nuestro y tanto sus padres, como los míos, habían sido buenos vecinos desde siempre. No sé si sería justo decir que fueran los mejores amigos, aunque mantenían muy buena relación. La urbanización donde me crie era un poco como los barrios de los suburbios de las películas americanas, en los que las vecinas le llevan una tarta a los recién llegados y los niños pasan de una casa a otra sin más ceremonia. En verano, la piscina se convertía en el centro neurálgico para los jóvenes y el club social era la zona donde

los adultos se relacionaban entre ellos. Era un mundo cerrado que, si eras menor de doce años podía ser muy divertido, pero, al ir madurando, mutaba en un entorno más y más opresivo.

Maripi era exactamente un mes mayor que yo y se convirtió en la princesa heredera de aquel pequeño universo en el que vivíamos. Fuimos a la misma escuela infantil, luego, al mismo colegio donde, como se estilaba en la zona, estuvimos hasta el bachiller y, si no fuimos juntos a la universidad, fue porque la dejé elegir primero para escoger yo otra carrera.

Lo siento, estoy exagerando de nuevo. Al contrario que yo, ella tuvo muy claro dónde quería llegar. No es que estuviera enamorada de mí, ni nada por el estilo, para ella, yo era su proyecto caritativo personal, su protegido desvalido que necesitaba toda la ayuda posible para salir adelante en el mundo.

Al principio no estuvo mal. Si te adopta la reina de la chiquillada de la urbanización, pasas a estar en el centro de todos los juegos, tramas y aventuras. Luego creces y si tu guardiana sigue empeñada en elegirte a los amigos, los planes e, incluso, las chicas con las que sales, el asunto cambia bastante. Yo no soy una persona muy temperamental y me dejaba llevar, si bien, tenía mis límites que me llevaban a discutir con ella y, en ocasiones, con mis padres. La influencia de aquella adolescente sobre ellos era notable. Nunca lo reconocerá, para variar, pero estoy convencido de que mi padre fantaseó más de una vez con la posibilidad de ver a Maripi convertida en su nuera. No obstante, ella también tenía sus líneas rojas y una cosa era tener un protegido al que guiar por el buen camino y otra, muy distinta, emparejarse con él.

Como no podía ser de otra manera, se casó con un auténtico triunfador, un tiburón de las finanzas que la catapultó a lo más granado del mundo empresarial. Se mudó a la Moraleja y tengo entendido que está dispuesta a convertirse en la reina de allí también.

Respecto a nuestra relación, esta se había enfriado y manteníamos menos contacto. Aun así, de vez en cuando, se acuerda de mí. Es extraño ya que, en su mundo, yo no pasaría de empleaducho del montón, es decir, alguien sin ningún interés. Puede que se sienta culpable por no haber terminado lo que empezó y permitir que me convirtiera en un desgraciado o, aún peor, un desgraciado sin familia, ni perspectivas de tenerla.

Me quedé observando el teléfono sin llegar a abrir el mensaje. Dudaba. Conociendo a Maripi, lo mejor era no leerlo, aunque, finalmente, me pudo la curiosidad.

“Hola Miguel “

“¿Qué tal estás? ¡Cuánto tiempo!” 😊”

“A final de mes celebro mi cumpleaños, ¿tienes que venir!”

“Cenaremos, tomaremos alguna copa y lo pasaremos bien. Vamos a ser unos cuantos amigos y, quien sabe, igual conoces a alguien 😊”

“Por cierto, tu primo Toño ya ha confirmado”

“No puedes fallar!”

Lo de “conocer a alguien” ya era motivo suficiente para no asistir a la fiesta. Sólo Dios sabía a quien pretendía presentarme. Aun así, saber que Toño estaría allí, fue determinante para no querer ir. Cerré la aplicación y continué

leyendo el periódico, sin molestarme en responder al WhatsApp.

Veinte minutos después, José Manuel apareció en la cocina y abrió la nevera.

—Nosdías... —murmuró.

Sacó un cartón de leche y se sirvió un poco en un vaso, se la bebió de un trago y regresó por donde había venido. A pesar de que se me pasó por la cabeza contarle lo de Emma, decidí no hacerlo. Ya tendría tiempo de discutir sobre las cláusulas extravagantes de un contrato que, por cierto, no existía.

Acabé de desayunar y volví a mi habitación. Por el camino, en el pasillo, me crucé con Emma que se dirigía al cuarto de baño. Me sorprendió la cara que llevaba como si en vez de haber dormido diez horas, se hubiera tirado toda la noche de fiesta en Magaluf. No se molestó ni en darme en los buenos días y entró en el servicio, cerrando la puerta detrás de ella con un portazo. Me quedé estático, con los ojos clavados en el aseo, y especulé que con un José Manuel en la casa tenía suficiente. Deseé con todas mis fuerzas que sólo fuera que tenía mal despertar, lo cual, no me tranquilizó demasiado.

Me metí en mi habitación y elegí la chaqueta de color caqui, con el emblema de los *X-Men* cosido en hombro. Hacía una mañana de sábado esplendorosa y me disponía a recolectar los cómics del mes junto con algún capricho más que podía caer. Salí del cuarto con mi bandolera al hombro y las gafas de sol puestas. Desde el rellano, vi que Emma estaba justo delante del suyo, leyendo un papel. Como estaba seguro de quien había dejado ese papel allí y de lo que ponía, me escabullí sin hacer ruido. Ya encontraría un buen momento para dar explicaciones. Además, ¡qué demonios!, ni tan

siquiera me pagaba el alquiler, así que, si éramos raros de cojones, se tendría que aguantar.

Al llegar a la calle me sentí mejor. Era un día radiante, acababa de cobrar la nómina y estaba en el barrio con más tiendas frikis por metro cuadrado.

VII

Antonio Gutiérrez Maroto, Toñín o Toño, como le suelen llamar ahora, es mi primo. Es el único hijo del hermano de mi padre, mi tío Marcos, y, lo que es lo peor, nuestro vecino de urbanización. Si aquel ambiente era ya pequeño, en ocasiones claustrofóbico, con mi primo por un lado y Maripi por el otro, se acabó haciendo insoportable.

Mi primo es la definición perfecta de un “*cuñao*”, pero con más mala idea, mucha malicia y sin el menor rastro de ética. Pese a todo, desde que nació, era el favorito de mi padre y le reía todas las ocurrencias. También le disculpaba sus barrabasadas, que no eran pocas, hiciera lo que hiciera. Que el chico no era capaz de pasar del primer curso de ninguna de las carreras que empezaba, no había problema, era tan sólo que no había encontrado su verdadera vocación. Que tampoco conseguía mantener ninguno de los trabajos que le encontraban entre su padre y su tío, siempre había una excusa respecto a la mala suerte que había tenido con el jefe. De hecho, acabó trabajando en la sucursal que dirigía mi padre. Muchas veces me pregunté si a él también le daba la paliza por buscarle un empleo, en cada ocasión que tenía. Apuesto a que no.

En realidad, me dolía un poco. Bastante, mejor dicho, porque todos mis logros, por grandes o pequeños que fueran, eran insuficientes y, por cada oportunidad que recibía un ápice de ayuda, tenía que pasar la penitencia del recordatorio perpetuo. En cambio, hay gente que nace con ese derecho de serie y sólo resta ayudarles y concederles sus caprichos sin esperar nada a cambio.

Evidentemente, Toño sabía cómo mantener la llama encendida con nuestros padres. Era un maestro en hacerse el simpático, bromear cuando había que bromear y mostrarse serio, grave cuando tocaba, como al denunciar que la unidad de España estaba en peligro, uno de sus temas predilectos. Ahí, siempre me ganó por goleada y no sólo porque también fuera del Madrid. Jamás me sentí cómodo en esas sobremesas del club social, donde las conversaciones oscilaban desde el horror de las feminazis que se manifiestan el 8 de marzo, hasta los inmigrantes delincuentes que nos roban el trabajo, la sanidad y no sé cuántas fechorías más.

—Esa es la pega, con lo feas que son, nadie las saca al cine o al teatro y, claro, ¿qué hacen para entretenerse? ¡Manifestarse contra el “patriarcado”! Mamarrachas — solía decir a una audiencia treinta años, como mínimo, mayor que él, la cual, reía sus ocurrencias y le veía como a un buen chico, en definitiva, un joven como Dios manda.

Si Dios hubiera sabido...

Asumiendo que Dios exista, según nos lo han contado, probablemente sería de derechas. También es cierto que, si hacemos caso a las escrituras, su hijo tendría algunas formas de hippie ibicenco, nada compatibles con ese espíritu conservador que nos han vendido. En fin, discusiones teológicas aparte, sea de derechas o no, estoy convencido de

que sería imposible que Dios considerase a mi primo como un ejemplo de comportamiento.

A veces me pregunto si no seré yo el que le tenga manía y exagere. Entonces me acuerdo de algunas situaciones y me digo que no, que no son cosas mías.

*

Debía ser mi segundo año de carrera cuando, una tarde, sonó el teléfono del salón.

—Hola primito, ¿cómo andas? — me saludó Toño tras descolgar el aparato.

—Bien, muy bien—respondí—. ¿Qué quieres?

—Joder primo, vaya manera de contestar. ¿Por qué tendría que querer algo?

No me molesté en replicar, lo conocía bien. Aun así, admito que, a mis veinte años, aún lograba sorprenderme.

—Muy bien, Miguelito, ¿nos vemos en un rato en el club y tomamos un café?

—Está bien, nos vemos allí.

El club social de la urbanización estaba despoblado aquella tarde. Era un lugar muy popular los fines de semana, en cambio, entre semana, apenas contaba con cinco o seis parroquianos. Cuando llegué, Toño me estaba esperando, sentado junto a una mesa cerca del gran ventanal con vistas a la piscina. Pedí un café en la barra y me senté justo enfrente de él.

—Has tardado un poco, primo—me recriminó a modo de recibimiento.

—Ya ves—me encogí de hombros.

—Venga joder, que somos colegas—sonrió, mientras abría lo brazos.

Me dejé abrazar como solía hacer, casi nunca conseguía resistirme a sus manejos.

—Vamos al grano—endureció el gesto—. Necesito que me hagas un favor.

—Tú dirás.

Toño comenzó a darle vueltas al café con la cucharilla. Sin levantar la mirada de la taza, me contó una historia que yo desconocía por completo.

—Ya sabes que ando medio liado con Cari, nada serio, nos lo pasamos bien sin compromisos.

Eso lo sabía bien, Cari era otra vecina de la colonia con la que, además, había ido al instituto. Mi primo y ella se enrollaban un sábado, se dejaban al siguiente y volvían al tercero. Mi sensación era que ella estaba muy enamorada. Él, desde luego, no lo estaba, pero se mantenía entretenido.

—Hace cosa de un mes y medio, se había quedado sola el fin de semana—continuó Toño—. Así que me quedé a dormir allí. ¡No hace falta que te de los detalles!

—Me hago una idea, sí.

—Pues aún a sabiendas de que iba a pasar la noche allí la muy..., la muy torpe, ¡me dice que no ha ido a comprar condones!

—También podías haberlos llevado tú—era vago hasta para eso.

—¡No me jodas! Qué me iba a imaginar yo—se enfadó un poco—. Al final era su casa, ¿no? Pues eso.

—Pues eso—repetí, irónico.

A Toño no le gustó mi comentario y no hubiera sido extraño que me diera una colleja, aunque, como estábamos allí para hacerle un favor, se contuvo.

—¡Qué más da a quién se le olvidara, coño! Déjame seguir.

Hice un gesto, dando a entender que me permanecería callado.

—Al final lo acabamos haciendo, a pelo ya me entiendes, y no le di más importancia porque pensé que tomaba la píldora—hizo una pausa—. Pues no, Miguelito, no la tomaba.

Me abstuve de decir nada de lo que se me pasaba por la cabeza, sobre todo, en lo referente a la curiosa lógica de mi primo.

—Así que te puedes imaginar el pastel.

—¿Qué vais a hacer?—pregunté, interesado.

—Obviamente no tenerlo y por eso te necesito.

Fruncí el ceño. No me gustaba hacia dónde se dirigía la conversación.

—No sé muy bien qué quieres de mí, pero si pretendes que convenza a Cari de que aborte, no lo voy a hacer—le expuse firme.

—No, no es eso, tranquilo. Está hablado, no te preocupes. Te necesito para otra cosa.

—¿Para qué? —estaba seguro de que no me iba a gustar.

—Necesito que la llesves a la clínica—me soltó como si me estuviera pidiendo fuego.

—¿Yo? —estaba alucinando.

—Sí, yo no puedo.

—¿No puedes? ¿Cómo que no puedes?

Toño me miró y me dedicó una sonrisa socarrona.

—No puedo tío—mantenía un gesto indescifrable, mientras apuraba el café—. De verdad que no.

—Estás de coña, ¿no? —estaba perplejo, no me creía que fuera a pedir aquello.

—Joder, Miguelito, te lo voy a contar—miró a un lado y al otro—. No puede salir de aquí. ¿Estamos?

Asentí, intrigado.

—¿Te acuerdas de la polaca que te dije que estaba de ERASMUS, que no hablaba ni una palabra de español y que estaba muy buena?

La recordaba de manera muy vaga. Mi primo me hablaba todo el rato de chicas y tampoco es que le hiciera mucho caso.

—Sí, perfectamente—mentí.

—Pues cuando por fin se fija en mí, resulta que se vuelve a su país—explicó—. Ahora mismo debe estar por el sur, en la playa, en plan despidiéndose de lo bueno de España antes de regresar. El caso es que sólo va a pasar un día más en Madrid, justo antes de pillar un vuelo por la noche. ¿Ves por dónde voy?

—Veo por donde vas.

—La puta casualidad que es justo el día que le han dado cita a Cari en la clínica—chascó la lengua—. Le pedí que lo cambiara, pero me ha dicho que no.

“Le pidió cambiarlo”, reflexioné indignado. “¡Como si fuera la cita del dentista!”

—¡Me tienes que ayudar!— puso su mano sobre mi hombro, presionando con los dedos—. Sólo tienes que llevarla en coche, esperar a que acabe y traerla de vuelta. Así de fácil.

“Así de fácil”, me repetí.

Se me ocurrieron trescientas cosas que echarle en cara, por la poca moral que tenía, al pedirme lo que me acababa de pedir. Sin embargo, no pude expresarlo.

—¿Qué excusa le has puesto a Cari?—me limité a preguntar.

—Que tengo un examen muy importante.

Casi me echo a reír. Sería prácticamente imposible encontrar una buena excusa para no acompañar a tu novia a algo así. Si bien, un examen..., ni tan siquiera Cari, por muy

enamorada que estuviese, se podía creer que Toño tuviera tanta presión por culpa de un examen.

—No tío, no—negué con la cabeza—. No lo voy a hacer.

Hace tiempo que soy consciente de que hay personas que tienen un don para manipular a la gente. Se trata de un grupo de individuos que, por muy deshonestos que sean, consiguen todo lo que quieren de los que les rodean. Mi primo Toño es uno de ellos y, precisamente por eso, he aprendido a mantenerme alejado de él. Pero hace más o menos quince años, diez días después de nuestra conversación en el club social, él pasó el día con una estudiante polaca de intercambio, mientras yo sufría una de las peores experiencias de mi corta existencia.

VIII

Cuando Emma entró en el piso jurando en arameo, entendí enseguida que mi tranquilidad había durado poco. No hacía ni veinticuatro horas había recibido una gran noticia, por lo menos para mi economía, aunque, al verla hecha un basilisco, desistí de hacerme ilusiones.

—He encontrado curro—me informó la tarde anterior—, dependienta en una tienda de ropa en la calle Fuencarral.

—¡Me alegro mucho!—fui muy sincero.

Después de una semana desde que se instaló con nosotros, que encontrase un trabajo tan rápido, era la mejor solución para cobrar el tercer alquiler que necesitaba como el comer.

—¡Bah! Seguro que es un trabajo de mierda, pero ¿qué alternativa tengo? —se encogió de hombros.

—Ya verás como no está tan mal— traté de animarla—. Además, que esté tan cerca de casa es un puntazo.

—¡Claro! Trabajar en una franquicia, el sueño de mi vida—ironizó.

—Por cierto, ¿a qué te dedicabas antes?

Cómo sospechaba, Emma detestaba los cuestionarios y endureció ligeramente el gesto.

—Estudiaba—contestó a regañadientes.

—¿Qué estudiabas?

—Oye, ¿y a ti por qué te interesa tanto?

—Bueno, interesado no estoy, no es eso—me sonrojé—.

La verdad es que llevamos compartiendo el aseo desde hace una semana y casi no sé nada de ti.

Reflexionó por un momento y, por primera vez desde que me la encontré en el metro, percibí que, de forma sutil, se relajaba la tensión alrededor de sus ojos.

—Estudio enfermería. Me he tomado un descanso, una especie de año sabático.

—Eso está muy bien. Yo soy informático.

—¡Anda! Como el tío ese tan raro que va dejando mensajes por debajo de la puerta.

No me gustó que me comparase con José Manuel. No quería que me pudiera asociar con él bajo ningún concepto.

—En realidad, hay muchos tipos de informáticos. Nos dedicamos a cosas muy distintas, no te creas. Por cierto, ¿cómo sabes que José Manuel es programador?

—Mas que saberlo, lo he adivinado. Él no me lo ha dicho porque no hemos hablado nunca. Seguro que has advertido que casi no habla —dijo mordaz—. Eso sí, da el perfil de friki, las pintas, teletrabaja, apenas sale de su cuarto, el pedazo de ordenador que tiene en su habitación. Era fácil deducirlo, ¿no crees?

—Admito que sí.

—Claro que esta casa está llena de frikis.

—¡No lo dirás por mí!—espeté sonrojado.

—No, por descontado que no—su tono era aún más irónico que antes—, Mr. Cómic.

—Leer cómics no tiene nada que ver con ser friki —protesté.

—En efecto, nada que ver—su risa inundó la sala y no pude sino reírme yo también.

En ese momento caí en lo que Emma acababa de comentar como si tal cosa.

—¿Por qué sabes la pinta que tiene el ordenador de José Manuel?— dudaba si había oído bien.

—Porque lo he visto.

—¿Cómo que lo has visto?

—Muy fácil, entré en su habitación para devolverle la nota y lo vi.

Al oír aquello, sentí vuelco en el estómago. Si la hubiera visto, se habría montado la tercera guerra mundial con uno de los inquilinos que sí me pagaba el alquiler. Tenía la intención de no seguir indagando, pero, como era habitual cuando se trataba de José Manuel, me pudo la curiosidad.

—¿Qué tiene ahí dentro?

—Nada en particular.

—¿Qué quieres decir con nada en particular?

—Pues eso, es sólo un cuarto con un ordenador enorme. Hay una pizca de basura y papeles tirados por el suelo, poco más.

Emma dio por finalizada la conversación, se levantó del sofá y se dirigió hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones.

—¿Firmaste?—curioseé.

La joven se giró y me dedicó una enorme sonrisa.

—Por supuesto que no. ¡Qué pasa contigo tío! —simuló enojarse—. Si hubiera firmado, no habría podido entrar.

*

Emma se dejó caer en el sofá, resopló y fijó la mirada en el ventanal del salón. No me atreví a preguntar y, sentados uno junto al otro, pasamos unos minutos en silencio.

—Me han despedido—comentó finalmente.

—Ya veo, ya.

—¡Esa asquerosa de la encargada! —estalló—. Desde que me ha conocido, me la ha jurado.

Como me solía pasar con ella, no sabía muy bien cómo actuar, ni qué decir, así que me limité a seguir allí sentado.

—Ha sido llegar y me ha empezado a echar toda la mierda encima. Recoge esto, ordena lo otro, vete al almacén. ¡No me ha dejado en paz en toda la mañana!

No sabía mucho de las labores que se llevan a cabo en una tienda de ropa, no obstante, si tuviera que adivinarlo, probablemente apostaría por la lista de tareas que enumeraba Emma.

—Así que tras veinte veces que me ha pedido hacer lo mismo— continuó—, la he mandado a tomar por el culo.

—Y entonces te han despedido—apostillé.

—No—me corrigió—, me han despedido después de insultarla.

Me abstuve de realizar comentarios. En ocasiones es mejor dejarlo estar y así evitar problemas. Estoy convencido de que la ignorancia nos hace más felices, sobre todo cuando todavía tienes alguna esperanza por algún asunto.

—Supongo que tendrías tus motivos— indiqué, como si no me importara—. Ya tendrás más suerte en la próxima ocasión.

—Créeme, los tenía—dijo, levantándose del sofá—. Me voy a la cama.

Seguí con la mirada su cuerpo menudo y atlético, mientras echaba cuentas para calcular cuánto tiempo más podíamos seguir así.

IX

Desperté desorientado. Apenas podía abrir los ojos y me costó un rato focalizar la vista a mi alrededor. Poco a poco, distinguí que me encontraba en lo que parecía ser un hospital. Dirigí la mirada hacia mis brazos y comprobé que tenía una vía puesta que me conectaba a una bolsa de suero. Además, tenía las muñecas atadas con unas correas de cuero que me sujetaban a unas barras metálicas a los lados de la cama. Di unos tirones y comprobé que no me podía soltar. Lo intenté una vez más, sólo para conseguir hacerme daño.

Desistí de probar de nuevo, con bastante esfuerzo, me incorporé unos centímetros y pude ver que, de la apertura del pijama, a la altura del pecho, partían un par de cables que terminaban en un monitor donde se registraban mis constantes vitales.

No entendía nada. ¿Había tenido un accidente? ¿Quizás había sufrido algún tipo de ataque? ¿Un síncope? Evidentemente algo me había pasado y, sin embargo, si había sufrido un percance, ¿por qué me mantenían maniatado?

Escuché un ruido que procedía de la entrada, alguien intentaba acceder en la habitación. La puerta se abrió y un médico irrumpió en la estancia, observando unos papeles.

Abrí la boca e intenté preguntarle qué me había pasado, qué hacía allí. No puede articular sonido alguno. Me agobié muchísimo, cada ocasión que pretendía hablar me faltaba el aire y no pude sino emitir una especie de murmullo gutural.

El doctor continuaba repasando los papeles que había traído, ignorando mis esfuerzos por comunicarme. Cuando levantó la vista de sus gráficos, se acercó al monitor, apuntó un par de números en una planilla y, a continuación, abandonó la habitación sin percatarse de mi presencia. Según se marchaba, hice un último intento para llamar su atención, pero fue imposible. Estaba aterrado y respiraba atropelladamente, necesitaba que alguien me informara de cómo había llegado hasta aquel lugar. Tardé unos minutos en recuperarme y, aunque logré que mi pulso volviese a su ser, continuaba muy angustiado. Permanecí tumbado boca arriba, aguardando a que alguien regresara y me explicara qué había sucedido.

No tuve que esperar mucho tiempo, alguien manipulaba la cerradura y, acto seguido, una enfermera entró en la estancia. La mujer llevaba una bata verde claro y portaba una bandeja metálica con un par de jeringuillas y algunos tubos de ensayo. Tenía el pelo sujeto con una redecilla y cubría su boca con una mascarilla. Sólo podía verle los ojos. Para mi sorpresa, me resultaron familiares.

—Buenos días—me saludó—. ¿Qué tal te encuentras?

El mero hecho que se dirigiera a mí hizo que experimentase una especie de subidón que se quedó en un chasco cuando intenté responder y no pude. Balbuceé unas palabras ininteligibles que ella ignoró. La enfermera se acercó a la mesilla que tenía junto a la cama, dejó apoyada la bandeja en la mesa y tomó una de las jeringuillas.

—No dirás que no te advertí—me reprendió—. Conocías el castigo que te iba a infringir si no me hacías caso.

La observé estupefacto, no tenía ni la más remota idea de qué demonios era eso del castigo que me merecía. Por otro lado, la sensación de conocer a aquella mujer aumentó, de alguna forma, percibía cercanía en ella.

—¡No me mires así!—comenzó a reír—. Ahora me negarás que llevas pensando en lo que no debes desde que me conociste.

Con un rápido movimiento se quitó la bata mostrando su cuerpo escultural, el cual, apenas cubría con unas piezas de lencería.

—Porque esto es exactamente lo que quieres—susurró, sensual, mientras se quitaba la redecilla de la cabeza.

Atado a la cama como estaba, me sentí muy vulnerable y cuanto más se acercaba, más apretaba yo la espalda contra el colchón.

—Ya te dije que, si intentabas algo, lo pagarías caro—sentenció, desprendiéndose de la mascarilla.

Debajo del pedazo de tela verde, apareció un rostro que conocía muy bien. Emma me miraba con ojos fieros, sujetando una de las jeringuillas como si fuera un cuchillo. La intuición no me había fallado, lo que no me ahorraba ni un ápice del miedo que estaba experimentado. Emma se abalanzó sobre mí y se colocó a horcajadas sobre mi abdomen. Despacio, muy despacio, asió la jeringuilla con ambas manos y la levantó por encima de su cabeza.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —exclamó, bajando los brazos con el extremo de la aguja apuntando a mi pecho.

*

Desperté sobresaltado y empapado en sudor. Todavía con el corazón en la boca, me llevé las manos al pecho,

comprobando que no tenía nada clavado. Aliviado, comprendí que me encontraba en mi dormitorio y que todo había sido un mal sueño. Me dejé caer sobre la almohada resoplando. ¡Menuda pesadilla!

Por las aperturas de la persiana se filtraban unos rayos de luz que indicaban que estaba amaneciendo. Miré el reloj y apenas eran las siete de la mañana de un sábado. En vez de darme la vuelta y seguir durmiendo, me quedé despierto, inquieto, pensando en el significado de la experiencia que acababa de sufrir.

Reconocía ciertos aspectos que me atormentaban de manera recurrente como los hospitales o las agujas. Siempre las he tenido pánico y que me atacasen con una de ellas en la pesadilla, entraba dentro de lo normal. Incluso la imposibilidad de hablar o el rollo de la enfermera sexy con tendencias asesinas, eran parte del arquetipo de cualquier mal sueño. Siguiendo con la lógica acerca de mis temores, también resultaba normal que aquella persona fuera Emma. Me había contado que estudiaba enfermería, lo cual, encajaba con asociarla a ese personaje al que, por cierto, le tengo un poco de miedo, en realidad, como a cualquier otro aspecto relacionado con la enfermedad. Sin embargo, imaginármela semidesnuda, diciéndome que conocía exactamente cuáles eran mis deseos más profundos, mis verdaderos sentimientos, me inquietaba mucho. Una gran cantidad de dudas me rondaron por la cabeza.

¿Me gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir? Y si era así, ¿el sueño me estaba advirtiendo de que era una mala idea emprender un romance con ella?

Si negase que Emma es veneno puro para la salud mental de cualquiera sería estúpido, pero, visto lo visto, también lo sería si no reconociera que la encontraba atractiva. Sin ir más

lejos, la había invitado a venir a vivir a mi casa sin conocerla en absoluto y sin reclamar siquiera un alquiler. Había sido algo así como un flechazo, sin llegar a plantearme ningún tipo de relación con esa persona.

¿Era el sueño un primer aviso de mis auténticos sentimientos hacia ella?

No me había parado a pensar en aquello o, mejor dicho, no había querido hacerlo. Era muy temprano para darle más vueltas a esa posibilidad. Cambié de postura, cerré los ojos y volví a conciliar el sueño.

X

Carlos había demostrado que era, de lejos, el más normal de todos nosotros. No sólo me pagaba el alquiler puntualmente, que era ya de por sí muy buena noticia, además demostró ser un excelente compañero de piso. Convivir con él era muy sencillo y su carácter afable evitó cualquier problema o roce con el resto de nosotros. Teniendo en cuenta sus horarios, coincidíamos poco, no obstante, si lo hacíamos, solíamos charlar un rato. Para variar, era agradable mantener una conversación con un adulto que no fuese un desequilibrado.

Después de la mala noche que había pasado, tenía pocas ganas de hacer nada, pero me obligué a dar una vuelta por ahí. Me vestí y me acerqué a la cocina para hacerme un café antes de salir de casa. Carlos se encontraba allí desayunando. No era muy común que se hubiese despertado tan pronto, especialmente durante el fin de semana.

—Buenos días—le saludé con una sonrisa—. Te has levantado temprano.

—Hola, buenos días—me devolvió la sonrisa, como siempre, estaba de buen humor—. Sí, he madrugado un poco. Hoy tengo que hacer un recado. Estoy hecho polvo, pero no lo puedo dejar por más tiempo.

—¿Dónde tienes que ir? — pregunté.

—Aquí cerca, a un sitio en la Gran Vía.

—Yo voy también por allí, si te parece vamos juntos.

—Muy bien, cuando quieras.

Veinte minutos más tarde abandonamos el portal de nuestro edificio y nos encaminamos hacia la Calle Fuencarral, en dirección a la Gran Vía. Fuencarral es una zona comercial que siempre está abarrotada de gente, incluyendo una buena cantidad de turistas que se alojan por el centro. Todavía no era hora punta, aun así, había bastante ambiente alrededor de las tiendas a un lado y al otro de la calle. Aquí también se podían distinguir los efectos de la globalización, ya que la mayoría de los comercios eran franquicias y las tiendas de toda la vida habían ido desapareciendo.

Al pasar por delante del edificio que había sido el Mercado de Fuencarral, rememoré una pequeña tienda de camisetas que se encontraba en sus sótanos. Fue allí donde encontré una prenda a la que tengo mucho cariño. Se trata de una camiseta de la gira de Black Sabbath del 78 a la que llamo “*la camiseta doblemente friki*” porque, además de ser la original y muy antigua, la lleva puesta el personaje de Tony Stark durante toda la película de *Los Vengadores*. Quizás sea por cosas como esa que Emma tenga razón cuando dice que soy un friki, aunque, insisto, no creo que sea para tanto.

Lo cierto es que ese tipo de pequeños comercios donde podías encontrar todas esas maravillas tan originales están desapareciendo y las franquicias acaparan el centro de las ciudades, consiguiendo que cada vez se parezcan más entre ellas. Con todo, la Calle Fuencarral seguía desprendiendo cierta personalidad, especialmente a partir de alguna de sus bocacalles.

Carlos y yo caminábamos charlando de temas triviales, hasta que llegamos a la altura de la Calle de las Infantas. Allí, me sorprendió ver a mi padre que justo giraba delante de nosotros en dirección a la Gran Vía. Él ni siquiera se dio cuenta de que estábamos detrás de él y avanzaba muy rápido, como si tuviera prisa.

—¡Papá, papá! — lo llamé a gritos.

No me escuchó y siguió su camino.

—¡Papá! — insistí.

Imposible, continuaba al trote ajeno a mis voces.

—Disculpa un momento—le dije a Carlos, según emprendí una carrera para alcanzarlo.

Al llegar a la altura de mi padre, le di un ligero toque en el hombro. Sobresaltado, se giró tras un pequeño brinco.

—¡Pero qué...! —empezó a protestar antes de reconocermé—. ¡Hijo, vaya susto me has dado!

Fue extraño porque, si bien le podía haber dado un buen susto, reconocermé no supuso un gran alivio.

—¿Tanta pinta de delincuente tengo? Tranquilo, no voy a robarte la cartera—bromeé—. Por cierto, ¿qué haces por aquí?

La pregunta provocó que se mantuviera a la defensiva.

—Nada, un recado—repuso nervioso—. Nada importante.

—¿Todo va bien? —comenzaba a sospechar que me ocultaba algo.

—¡Pues claro que todo va bien! —la sorpresa inicial empezaba a transformarse en enfado—. ¿A qué viene este interrogatorio?

—¿Qué interrogatorio? —repliqué—. Solamente me extraña verte por el barrio.

—Hola, buenos días—saludó Carlos que había llegado a nuestra altura.

Aproveché ese momento para presentarles.

—Papá, este es Carlos, mi nuevo compañero de piso. Carlos, él es Francisco, mi padre.

—Encantado de conocerle— dijo Carlos.

—Igualmente—mi padre sonó poco convincente y no dejaba de escudriñarlo de arriba a abajo.

Se produjo un silencio incómodo, en el que Carlos sonreía simpático y mi padre, circunspecto, continuaba con el análisis.

—Vamos papá. Deja de evaluarlo como si tuvieras que darle una hipoteca. Nosotros vamos para la Gran Vía. ¿Dónde vas tu?

—También voy para allá.

Así, los tres, anduvimos, codo con codo, calle abajo en completo silencio.

*

—Ya hemos llegado—comentó mi padre señalando la boca de metro—. Aquí os dejo.

—¿Has venido en metro? —aquello sí que era una novedad.

—Sí—afirmó malhumorado—. ¿Qué pasa?

Atendiendo a las pocas ganas que tenía de seguir con la conversación y a su reacción tan hostil, decidí que seguir preguntando no tenía ningún sentido.

—Nada, déjalo.

—De nuevo, un placer conocerle—intervino Carlos.

—Igualmente, igualmente —farfulló mi padre que, mediante un gesto, se despidió de nosotros.

Nos quedamos observando cómo se alejaba y bajaba por las escaleras del metro, hasta que lo perdimos de vista.

—No suele ser un tipo muy simpático, pero hoy estaba especialmente borde—expuse.

—Supongo que no será fácil para él, ya sabes...
—comentó sin acabar la frase.

—¿Qué se supone que tengo que saber? —pregunté sin entender a lo que se refería Carlos.

—Pues que a alguien de su edad no le tiene que ser fácil encontrarse con su hijo y un amigo que..., en fin, entiende sus problemas—hizo énfasis en el “*entiende*”.

—No te sigo. ¿Qué es eso que “*entendemos*”?

Carlos me miró casi tan perplejo como lo estaba yo. Ninguno de los dos entendíamos la reacción del otro.

—¿Seguro que no...? —titubeó.

—Podrías dejar de hacer eso y terminar las frases de una vez —solicité molesto.

—¿De verdad no sabes que tu padre es gay?

XI

Sin duda, mi actitud con Carlos no fue la mejor. Ahora, viéndolo con perspectiva, le agradezco enormemente la sinceridad y el tacto con el que intentó contármelo. Fui yo quien le puse entre la espada y la pared. Si me llevé la sorpresa de mi vida sin anestesia, fue sólo culpa mía.

Como parte de mi penitencia diré que no reaccioné bien. Negué con la mayor vehemencia e incluso me enfadé con Carlos, dejándole allí plantado en plena Gran Vía.

Mientras lo medito me preocupan muchas cosas, pero, ante todo, la posibilidad de que no sea tan tolerante como yo pensaba. Siempre me he visto a mí mismo como una persona abierta de miras que actuaba como tal. Por el contrario, en la primera ocasión que alguien se refiere a un miembro de mi familia como homosexual, no dudo en comportarme como un cavernícola. En realidad, actué exactamente como pensaba que lo habría hecho mi padre, si hubiese sido yo la persona que hubiese reconocido ser gay. Por increíble que parezca, en este caso, los papeles estaban intercambiados.

Me imagino que no estoy libre de cierto sesgo, algo que tengo grabado en el subconsciente después de interminables años de educación conservadora. Claro que, tal vez, no sea

un rasgo exclusivo de los conservadores y todos, a la izquierda y a la derecha, tengamos prejuicios. Recelos no sólo acerca de la condición sexual de alguien, sino también respecto a otras muchas cuestiones.

Luego no es lo mismo cuando es el padre de uno el que sale del armario, aunque, en realidad, nadie había salido del armario aún. Mi padre no me había dado la más mínima pista y, si Carlos no llega a contármelo, continuaría viviendo en la ignorancia.

Cómo he dicho antes, al principio lo negué. Incluso llegué a señalar que los *gays*, ven *gays* por todas partes, que no es sino otro cliché manido. Menos mal que Carlos no quiso darle mayor importancia porque, analizándolo de manera fría, ¿qué motivos tenía para mentir? Seguro que podía escribir un libro acerca de sesentones frustrados que llevan una doble vida. Además, dio por sentado que yo ya lo sabía, como si fuera tan evidente como natural. ¿Cómo no hacerlo, si yo me jactaba de mi supuesta anchura de miras cada oportunidad que se me presentaba?

Carlos me contaría después que no fue su intuición. Conocía a mi padre perfectamente, dado que le había visto varias veces por algunos bares de ambiente en Chueca, lo cual, explicaba la reacción tan adversa de este, quien debió reconocerlo de igual forma. Por mi parte, si quería salir de dudas, tenía una llamada pendiente.

*

—Hola hijo, ¡cuánto tiempo! —exclamó mi madre al coger la llamada—. Han pasado muchas semanas desde la última vez. ¿Qué tal va todo?

—Bien, no me quejo—respondí—. Me quedé sin compañeros de piso, pero ya tengo unos nuevos.

—Es verdad, me contaste que se volvían a su país esos chicos chinos.

—Japoneses, eran japoneses mamá.

—Eso, japoneses — hizo una pequeña pausa. — En fin, es igual, ¿qué más te cuentas?

Cómo me pasaba con mi padre, tampoco tenía demasiados temas de conversación con mi madre.

—¿Qué tal anda Henry?

—¿Henry? Muy bien. Cada día más sordo. Entre lo mal que oye y lo poco que habla español, cuando le mando a un recado no da ni una el pobre—comentó entre risas.

Henry era un hombre tranquilo y callado de gesto afable. Nunca llegaré a tener claro cómo acabó residiendo en Málaga con mi madre y, a pesar de sus obvias diferencias, ahí estaban tantos años después. Yo apenas me relacionaba con él y podría contar con los dedos de las manos las veces que habíamos coincidido. No recuerdo haber conversado con él más de cinco minutos seguidos, siempre en inglés, por supuesto, ya que, por más problemas de oído que tuviera, nadie consigue aprender un idioma nuevo si no se tiene la más mínima intención de hacerlo.

—¿El tiempo bien?—continué con la lista de trivialidades que solíamos repasar durante nuestras charlas.

—Aquí hace bueno, ya sabes, tenemos un clima estupendo. ¿Va todo bien? —preguntó con un ligero matiz de preocupación en la voz.

No contesté inmediatamente, primero, porque siempre me deja perplejo la capacidad que tiene mi madre para saber cuándo estoy inquieto y, segundo, porque no sabía cómo explicarle el verdadero motivo de mi llamada.

—Mamá, ¿crees que papá es homosexual? — solté sin más preámbulo.

El largo silencio que se produjo después fue incluso más revelador que lo que me indicó a continuación.

—Mira Miguel, no lo sé. De verdad que no lo sé. Pero si te dijese que no lo he pensado en alguna ocasión, te estaría mintiendo.

—¿Fue por eso por lo que os separasteis?

—Teníamos problemas y me imagino que eso pudo influir también, por lo menos respecto a mis propias dudas —suspiró antes de continuar—. Tu padre es una persona difícil y es complicado vivir con él. Si a eso le sumas otro tipo de obstáculos, al final pasó lo que tenía que pasar. Fue lo mejor para los dos.

Me sentía muy incómodo indagando en un aspecto tan personal, como la vida en pareja de mis padres. Seguramente, más que ella.

—Muchas gracias, mamá. Saluda a Henry de mi parte— traté de despedirme, aunque no iba a ser tan fácil.

—Espera un momento, no tengas tanta prisa —me interrumpió—. ¿Qué ha pasado para que me preguntes ahora por eso?

No tenía sentido resistirme así que le resumí el encuentro con mi padre y la conversación posterior con Carlos.

—Eso es todo — concluí.

—Lo que no quiere decir que tu amigo tenga razón —tercio mi madre.

—Mamá, creo que sabe bastante más que nosotros acerca de estas cosas. Además, se lo encuentra por Chueca de vez en cuando.

—Sí, parece que lo tiene claro, sí. ¡Sabes qué te digo! —señaló recuperando el buen humor—. Qué más da si tu padre es esto o lo otro. Lo importante es que lo aceptes sin

darle más vueltas, en el fondo, no cambia lo esencial de vuestra relación.

Un par de minutos después nos despedimos y nos comprometimos a no dejar pasar varios meses antes de llamarnos de nuevo. Más tarde, tras colgar el teléfono, me quedé rumiando lo último que había expuesto mi madre. Era cierto, no cambiaba lo que éramos. Si realmente era tan tolerante como creía, no debería afectar a mi relación con él, una relación que, por otra parte, tampoco era muy buena antes de sospechar nada.

XII

Un quejido agudo me despertó del sueño más tranquilo y placentero que había disfrutado en mucho tiempo. Al principio me costó reconocer la voz, tras espabilarme un poco, distinguí a José Manuel que chillaba como un poseso.

— ¡Estás loca, estás loca! — repetía una y otra vez.

“*Estás loca*”, resonó en mi cabeza.

Sin saber que había pasado, no albergaba dudas de con quién estaba discutiendo. Me entró una pereza enorme, algo así como un cansancio infinito que me impedía actuar al respecto. Reuní fuerzas y me incorporé, si bien, no terminé de hacer el esfuerzo de levantarme y acabé desplomándome sobre el colchón.

“*Que les den*”, decidí. “*Ya son mayorcitos, que se arreglen solos.*”

Hubo un momento de tregua en el que no se oía el menor ruido. El silencio se rompió con un sonido seco, parecido a un “*click*”, al que siguió un siseo, “*siiiiis*”, que terminó en un “*plock*”.

— ¡Ay, ay! – gritó José Manuel histérico—. ¡Me ha disparado, me ha disparado!

El alarido me hizo reaccionar. Salí de la cama lo más rápido que pude y en un par de segundos me planté en el salón. Allí me encontré a José Manuel de rodillas quien se llevaba las manos a la frente. Lloraba y trataba de hablar, aunque, lo hacía tan atropelladamente, que era imposible entenderle. Justo enfrente, de pie y empuñando su pistola de aire comprimido, se encontraba Emma que lo observaba furiosa.

—¡Zorra! — espetó entre balbuceos.

Emma acciono el mecanismo que cargaba el arma y le apuntó a con ella.

— ¡No, no, no! — intervine sujetándola por el brazo—. Ya hemos tenido bastantes tiros por hoy.

La joven no forcejeo conmigo y me permitió quitarle la pistola, no obstante, si las miradas matasen, habría caído fulminado allí mismo.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado? —inquirí molesto, tanto, que no me hubiera costado echarlos del piso.

—Este perverso—indicó Emma, señalando a José Manuel quien lucía un punto rojo entre las cejas—. Le he pillado oliéndome las bragas.

— ¡Eso es mentira! — se opuso José Manuel.

—¿Mentira? Si te he sorprendido cogiéndolas de la bolsa donde pongo la ropa sucia.

José Manuel, con el rostro congestionado y temblando de pura rabia, permaneció callado.

—¡Luego he visto cómo se las llevaba a la cara y las empezaba a oler!

—¡Es mentira, es mentira! — insistió, airado.

—¡Pero si te he visto, desgraciado! — le espetó, Emma—. Nos hace firmar esa mierda de acuerdo para no

entrar en su habitación y luego se dedica a hacer el guarro por la casa.

—Esto es intolerable, me voy ahora mismo de esta puta mierda de sitio —aseveró encaminándose a su habitación.

—Y yo a denunciarte a la policía — anunció Emma.

La amenaza provocó que José Manuel se parara en seco y se diese la vuelta.

— ¿Cómo? — farfulló—. ¿Qué has dicho?

En especial, me sorprendió el cambio de tono en su voz que mutó de la pura indignación, al miedo más básico.

—Que te voy a denunciar.

José Manuel entró en un estado difícil de describir que aunaba muchos sentimientos distintos y que le mantenía paralizado. Emma se percató de ello y no dejó escapar la oportunidad.

—¿Sabes qué le hacen a la gente como tú en la cárcel? —señaló con muy mala leche.

Antes de que José Manuel colapsara del todo, decidí intervenir. No me parecía bien la tortura a la se le estaba sometiendo, claro que, si era cierto, entendía que le dieran caña. Aun así, recelé de si era lo que había ocurrido en realidad. Durante unos segundos fui yo el que experimentó una serie de sentimientos encontrados. Dudar de algo así podría entenderse como una actitud machista y ya tenía suficiente con los remordimientos acerca de mi homofobia. Sin embargo, Emma no era precisamente la persona más equilibrada del mundo. ¿Lo había visto o lo había interpretado a partir de su lógica, no tan lógica?

Entonces fijé la vista en él. Si nos dejábamos llevar por las ideas preconcebidas, nadie dudaría de que era capaz de olerle las bragas a alguien.

“*Un momento*”, recapacité. “*Clichés aparte, simplemente conociéndole, también le veo capaz de hacerlo.*”

Ambos centraron su vista en mí, esperando que yo resolviera la disputa, como si fuera capaz de tomar una decisión salomónica que zanjara el tema. En realidad, yo tampoco tenía ni idea de cómo solucionar el altercado, de hecho, lo único que me apetecía era mandarles a la mierda y pedirles, a los dos, que se largaran de casa.

—Mira —comencé mi alegato— no estoy dispuesto a... —enmudecí, los observé detenidamente y cambié de opinión.

—A tomar por el culo— gruñí—. Me tenéis harto, haced lo que queráis. Si tú quieres largarte — señalé a José Manuel—, pues te largas. Y si tú quieres denunciar a este — me dirigí a Emma—, pues le denuncias. Pero a mí, me dejáis en paz.

Aun con la pistola de aire comprimido en la mano, repetí la última frase haciendo aspavientos con los brazos.

— ¡Me dejáis en paz!

Al “*click*”, le siguió un “*siiiiis*” que acabó en un “*plock*”.

—¡Joder! — aulló de dolor Carlos, que acababa de acceder al salón—. ¡Mi ojo, mi ojo! Joder, tío, ¿por qué coño me disparas?

XIII

Años atrás, cuando Cari se subió al coche de mi padre, ni siquiera me miró a la cara. Apenas susurró un saludo, se sentó en el asiento del copiloto y apoyó la cabeza en la ventanilla mientras abandonábamos la urbanización.

Durante minutos no pronunció palabra, absorta en algún punto lejano del horizonte. El silencio me hizo sentir un tanto incómodo, así que encendí la radio. Una canción empezó a sonar por los altavoces del coche y Cari reaccionó finalmente.

—Te importaría apagar eso—solicitó, con un tono más bien borde.

Obedecí y apagué la radio.

—Hoy parece que va a hacer calor—comenté por decir algo.

—¡Corta ya!;Vale?—me interrumpió—. No tienes porqué darme conversación. Es más, prefiero que no lo hagas.

Me sentía bastante molesto, al final era yo él que estaba allí y no el crápula de mi primo. Además, no había tenido que ver con los problemas de Cari en absoluto y tampoco nos conocíamos tanto. Me entraron ganas de dejar claras unas

cuantas cosas y, sin embargo, no lo hice. Quizás lo dejé correr porque era consciente, al menos en parte, por lo que iba a pasar. Adivinaba las dudas, los autorreproches y el miedo que tenía que estar experimentando. Aun así, sentía que no era justo que lo pagase conmigo mientras Toño andaba por ahí, celebrando el fin de curso con una polaca medio cachonda.

Así permanecimos el resto del camino sin abrir la boca hasta que llegamos al aparcamiento de la clínica.

—¿Quieres que te acompañe?—pregunté tras estacionar el coche.

Si Cari valoró la oferta, debió ser muy rápido, porque respondió casi inmediatamente.

—No, déjalo, ya has hecho suficiente—hizo una pausa antes de continuar—. De verdad, Miguel.

Por primera vez desde que la recogí en su casa, se mostró agradecida por mi ayuda.

—Venga—sonreí—. Te acompaño hasta la zona de admisión.

La salida del aparcamiento desembocaba en una pequeña explanada en la que, al final de esta, se situaba la entrada de la clínica. Según caminábamos, hacia el lado izquierdo del edificio y cerca de la puerta principal, pude ver que había un grupo de personas que se disponían en un corrillo y sostenían unos enormes cartones.

“¿Eso son pancartas?”, especulé.

Nos detuvimos y, cuando aquel grupo de personas se percató de que estábamos allí, todos ellos, al unísono, levantaron sus carteles y empezaron a corear consignas.

—¡Abortar es asesinato!

—¡Déjalo nacer!

—¡Si el aborto no está mal, entonces nada está mal!

—¡No al aborto!

A pesar de que aquel grupo de personas no era muy grande, intimidaba muchísimo. Reemprendimos la marcha y cuanto más nos acercábamos, más alto coreaban sus consignas, más agitaban sus carteles y más agresivos parecían. Al mismo tiempo, poco a poco, se iban acercando al acceso de la clínica. Calculé que nos estarían bloqueando el paso antes de llegar nosotros allí.

Giré ligeramente la cabeza y distinguí que Cari estaba sobrecogida, pálida como un cadáver. La situación en sí misma no debía ser fácil para ella, pero, además, tener que enfrentarse al piquete “*provida*”, justo antes de uno de momentos más difíciles de su existencia, me parecía muy injusto.

—Cari, si quieres...

No me dejó acabar.

—No, vamos.

Mantuvimos nuestro paso firme y los antiabortistas seguían a lo suyo, si acaso, aún más ruidosos al comprobar que no habían conseguido amedrentarnos. Estábamos tan cerca que podíamos distinguir sus caras, aunque apenas levantábamos la vista del suelo. Entonces, con un aullido agudo, alguien exclamó:

—Carolina Rodríguez Cabestany, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Cari alzó la cabeza y, al reconocer a la mujer que tenía delante, su semblante mudó a una expresión que mezclaba horror y asombro.

—Ya... ¿yaya?

No era una sorpresa, para alguien que residiera en la urbanización, que la abuela de Cari era una persona religiosa, muy conservadora y una antiabortista convencida. A menudo, desde la tumbona de la piscina, hablaba de lo mal

que iba el mundo y de la gran cantidad que chicas descarriadas que lo poblaban.

Por el contrario, nadie conocía que, a su edad, se había convertido en una activista de campo que trataba de persuadir, por las buenas o por las malas, a mujeres jóvenes de que regresasen a sus hogares para ser madres. Atendiendo a sus convicciones y al impacto que tuvo que suponer que su propia nieta fuera una de esas chicas sin ninguna moral cristiana, no era difícil predecir lo que ocurrió a continuación.

La impresión fue demasiado fuerte para una octogenaria que, tras un chillido lastimero, se desplomó hacia atrás. Por fortuna, uno de sus compañeros pudo sujetarla para evitar que la mujer cayera como un peso muerto. Como quiera que éste era también un octogenario, tampoco se pudo hacer con ella y ambos cayeron, como a cámara lenta, hasta quedar tendidos en el suelo. Cari, se abalanzó sobre su abuela, tratando de reanimarla.

—¡Yaya, yaya! —gritaba, mientras zarandeaba a la anciana.

Yo continuaba de pie, contemplando todo aquello, hasta que algo me golpeó en la cabeza.

—¡Asqueroso, mal hombre, desgraciado!—me increpaba una mujer que intentaba pegarme con la pancarta de nuevo.

Se desató el caos y la situación empeoró considerablemente cuando parte del personal de la clínica salió a ver qué pasaba. Comenzaron los insultos y los empujones que, sumado a los gritos de Cari, provocó que no tardara en aparecer la policía. Mientras se apaciguaban los ánimos, conseguí controlar a la mujer que me sacudía con el letrero que sostenía.

Uno de los médicos de la clínica atendía a la abuela de Cari, quien se repuso y parecía un poco más tranquila, al constatar que la anciana se estaba recuperando. Los síntomas indicaban que se trataba de una especie de soponcio, un síncope provocado por el disgusto que se había llevado. Yo me mantuve en un segundo plano, sin saber muy bien qué hacer. No obstante, sentía la mirada de los antiabortistas clavada en mi nuca, seguramente, culpándome de lo sucedido. No pude evitar acordarme de mi primo Toño.

“Nunca más”, me dije. “Nunca más.”

*

Llegué a casa de mis padres exhausto. Cari se había quedado con su abuela y habían avisado a su madre para que fuera a recogerlas. Me escabullí y llegué al coche como pude. Me dolía la cabeza y todavía resonaban en mis oídos los insultos que me dedicaron los activistas provida. Tras subir a mi habitación, me tiré sobre la cama y, en ese instante, me asaltó una duda. ¿Cabía la posibilidad de que Toño se hubiera oído el follón que se organizó y, por ese motivo, me había envidado a mí?

Negué con la cabeza.

La historia de la estudiante de intercambio era verosímil y como excusa tampoco le dejaba en muy buen lugar, así que debía ser cierta. Sin embargo, la duda se quedó rondándome.

Estuve en mi cuarto un par de horas. Una vez recuperado, bajé a la cocina donde mi padre se encontraba, tomándose un café.

—Hola, papá—lo saludé.

Mi padre me devolvió el saludo con un movimiento de la cabeza. Me dirigí a la nevera y él me siguió con la mirada. Abrí el frigorífico y cogí un refresco. Al cerrar la puerta, continuaba muy serio sin perderme de vista.

—¿Qué pasa?—pregunté, extrañado.

—¿No tienes nada que contarme?—fue su respuesta.

—Contarte, el qué.

—Creo que ya sabes a qué me refiero—se levantó de la silla en la que estaba sentado—. Me ha llamado tu primo y me lo ha contado todo—hizo una pequeña pausa. A duras penas podía reprimir la indignación que sentía, hasta que explotó—.¿Se puede saber en qué estabas pensando cuando dejaste embarazada a esa chica?

XIV

Lo de Cari y el desgraciado de mi primo se arregló de alguna forma porque nunca llegaron a tener un niño juntos. Por supuesto, no pregunté nada, no quise saber nada y nadie me contó nada. Ni tan siquiera mi padre volvió a sacar el tema. Estoy seguro de que nunca terminó de creerse mi historia y esa certeza me dolió bastante, si bien, no me extrañó en absoluto porque el influjo de Toño sobre él era muy fuerte. Al menos la situación surrealista del no-aborto de Cari sirvió para distanciarme de mi primo de una vez por todas. Algo es algo.

Después del incidente de la pistola, mi mayor preocupación era reconciliarme con mi único inquilino cuerdo, al que casi le saco un ojo. Le acompañé al centro de salud y me quedé a su lado hasta que fue atendido por un médico. Durante todo el tiempo que estuve con él, se mantuvo un tenso silencio entre nosotros. Carlos estaba enfadado y dolorido, eso seguro, aunque se abstuvo de recriminármelo.

Afortunadamente no fue un diagnóstico serio y con un colirio se pudo solucionar. De retorno al barrio, caminamos juntos, codo con codo. A lo largo del trayecto de vuelta

estuve esperando que me dijera que se acabó, que estaba harto de mí y de esos dos locos que se habían quedado en el piso. Cuando llegamos al portal, subimos las escaleras como habíamos caminado por la calle, en silencio, entramos en casa y se encerró en su habitación.

Durante los siguientes días, en cada ocasión que me cruzaba con él, creía que se iba a despedir de mí y yo de su alquiler. Pero nada de eso ocurrió y, en cuestión de un par de semanas, volvió a ser el Carlos de antes.

La vida volvió a su curso natural y la rutina fue como un bálsamo. La normalidad nos envolvió y nos sentó muy bien. Cada uno a su manera; José Manuel encerrado en su cuarto, Carlos con su discoteca por las noches y su deporte por el día y Emma buscando empleo. Porque Emma seguía sin trabajo y sin perspectivas de encontrar uno, eso sí, un buen día, me dejó un sobre con el alquiler del mes, un gran alivio para mi maltrecha cuenta corriente.

*

Un sábado de mayo no contaba con más planes que cenar un bocata y ver la tele. Poca cosa para un fin de semana, pero es lo que había. Cuando aparecí en el salón, de regreso de mi visita quincenal a las tiendas de cómics del barrio, me sorprendió una escena inédita. Sentados en el sofá estaban José Manuel, Carlos y Emma que compartían unas pizzas que se amontonaban sobre la mesa de centro. Me quedé paralizado, sin creermelo del todo que estuvieran pasando una velada como si fueran una pandilla de colegas. Emma levantó la vista y sonrió al verme.

—Hola, ¿te apuntas?

—Claro—asentí—. ¿Por qué no?

Me hicieron sitio y pillé una porción de pizza.

—Vamos a ver una peli—me informó Carlos.

—¿Cuál?—pregunté.

—Origen de Nolan—respondió José Manuel.

Había visto la película, pero no lo dije. Estaba tan a gusto simulando que éramos normales, que prefería no romper el encantamiento. La película estaba bien, gente que entra en los sueños otros y, desde allí, van saltando a otros sueños más profundos, con la intención de implementar una idea en la mente de alguien. Puede resultar algo enrevesada y compleja, no obstante, está bien contada.

—Yo no me acuerdo de ningún sueño—comentó Carlos tras acabar la película—. No recuerdo nada, ni bueno, ni malo. No creo que alguien pudiera meterme una idea en la cabeza de esa forma.

—Que no te acuerdes no quiere decir que no sueñes y ellos te colocan la idea en el subconsciente—explicó José Manuel—. La gracia está precisamente en que no te des cuenta.

Mirando la cara de Carlos, no parecía que le convenciese lo que argumentaba José Manuel.

—Yo me acuerdo mucho de los sueños—expuso Emma—. Algunos son raros de cojones.

—¿Raros?¿Cómo? —curioseé.

—Bastante raros.

—Yo una vez soñé que era torero—soltó José Manuel.

La visión, al imaginármelo vestido de luces, provocó que apareciera una sonrisilla en mi boca y no fui el único.

—Torero, sí. Una pesadilla en realidad y sin ningún sentido.

—¿Eras torero?—no pude reprimirme.

—Es sólo una tontería.

—¿Por qué no lo cuentas?—dijo Carlos según mordía un pedazo de pizza frío.

Lo consideró durante unos segundos y, justo cuando creía que pasaría del tema, empezó a relatar su historia.

—Era un sueño surrealista, de verdad. Por eso lo pasé tan mal. Yo estaba en mi pueblo con un amigo...

—¿Qué pueblo?—le interrumpió Emma.

—Eso da igual—dudó un momento antes de continuar—, pero bueno, mi pueblo es Medina del Campo. En realidad, yo no soy de allí, es el pueblo de mi padre. Yo pasaba los veranos con mis abuelos, así que supongo que también es un poco mi pueblo.

Emma asintió ligeramente, dando a entender que se había quedado satisfecha con la explicación.

—Decía que estaba en mi pueblo con un amigo y eran las fiestas. No nos quedaba dinero, ni un duro, y aún nos quedaban unos cuantos días de feria. En ese momento se nos acercó un desconocido y nos ofreció un trabajo de suplente de torero.

—¿Suplente de torero?— Carlos no perdía detalle—. No lo había oído nunca.

—Ya sabéis como son los sueños, las situaciones más surrealistas parecen las más normales del mundo. En ese momento, nos pareció una idea estupenda. Nos pagaban una pasta y el representante de toreros nos aseguró que nunca le había fallado el titular. Simplemente tenía que haber un suplente. Cogí el dinero, no me acuerdo cuanto, y me fui a dormir. Lo siguiente que recuerdo fue que, al día siguiente, aparecieron unos hombres en mi casa. No sabía quiénes eran, pero me dijeron que les habían enviado para llevarme a la plaza. Resulta que el torero titular se había puesto enfermo y me tocaba ir a mí.

La historia empezaba a ponerse muy interesante y los tres nos mantuvimos expectantes mientras José Manuel proseguía con el relato.

—Estaba acojonado. Me habían traído el traje de luces y todo. Sin entender nada, me estaba vistiendo de torero ayudado por los dos hombres. Mi abuela andaba por allí diciendo “*ten cuidado hijo*” y “*no te arrimes mucho*”. ¡Lo alucinante era que no le extrañaba lo más mínimo que yo fuera torero!

Jamás había visto hablar a José Manuel tanto rato seguido, el sofá y las pizzas estaban obrando milagros.

—Según acabaron de vestirme me dijeron que era el momento de irnos para la plaza. Yo me resistía y me agarraba a los muebles, ellos tiraban de mí y, a rastras, me sacaron de la casa. Mi abuela seguía diciéndome que tuviera cuidado y yo empecé a llorar. Me metieron en un coche a empujones. De camino a la plaza les chillaba que no tenía ni puta idea de torear y ellos insistían que era muy fácil. “*Tu mueve la muleta de un lado al otro y ya está*”, decían. Cuando llegamos a la plaza tuvieron que bajarme del coche tirándome de las piernas. Lloré, pataleé y me arrastré. Dio igual, allí estaba, rodeado de otras personas vestidas de luces y, cada vez que se acercaba uno, me decían “*suerte, maestro*”. Entonces se abrieron las puertas y todos los presentes empezamos a caminar muy despacio hacia el interior del ruedo. Estaba a punto de mearme encima y se acabó.

José Manuel se quedó en silencio.

—¿Ya? ¡Cómo que se acabó!—exclamó Carlos.

—Pues eso. Que no me acuerdo de más. Me desperté o algo, no sé.

Los demás nos quedamos callados y, a continuación, estallamos en una carcajada. José Manuel nos miraba sin verle la gracia al asunto.

—Yo tengo uno bastante curioso también—intervine.

—Dispara—dijo Emma.

—Muy bien—comencé mi relato—. Caminaba por la Gran Vía. Era una bonita mañana de verano, luminosa y cálida. Había mucha gente por la avenida sin estar abarrotada, lo cual, era de agradecer. De repente noté que algo iba mal. Más adelante, a lo lejos, se estaba formando un tumulto, aunque no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

A lo mejor me estaba adornando un poco con los detalles. Siempre que narro una historia me pasa, quizás sea por mi alma de cuentista. Como siempre decía mi madre; “*este chico tiene alma de cuentista, qué pena que le diera por los ordenadores*”. En cualquier caso, eso no pareció importarle a mi audiencia.

—De pronto, la gente empezó a correr hacia donde yo me encontraba. Todo el mundo tenía cara de pánico y algunos gritaban “*que vienen los indios, que vienen los indios*”. Abordé a un hombre que también corría y le pregunté qué pasaba. “*Los indios, nos atacan los indios*”, me informó. Entonces, se escuchó el grito de guerra. ¡Joder, se me pusieron de corbata! Había indios por todas partes, galopando en sus caballos pintos y disparando flechas al que cogían desprevenido. ¡Imaginaos la movida! Había un motón de cuerpos en plena plaza de Callao y los indios continuaban matando y prendiendo fuego a diestro y siniestro.

—¿Y tú que hiciste?—preguntó Carlos.

—Correr como un desgraciado, intentado salir de la Gran Vía cuanto antes. Llegué a la Plaza de la Luna y creí que me había salvado. Entonces los indios aparecieron

invadiéndolo todo. Con el corazón en la boca salí disparado hacía la Calle del Desengaño y, una vez allí, me lancé debajo de un coche. Desde esa posición vi pasar los cascos de los caballos al galope. Era tan real y aterrador que no podía hacer nada más que seguir escondido. No sé cuánto rato pasé allí, en los sueños, ya sabéis, la percepción del tiempo es distinta. Cuando me atreví a salir de debajo del coche ya era de noche. Aquello parecía “*The Walking Dead*” como si fuera un holocausto o algo así. La verdad es que no sabría decir qué me daba más miedo, si los indios matando al que se encontraban por la calle o aquel silencio. No había nadie, ni un alma. Lo curioso era que había restos de la batalla con escaparates rotos, coches en llamas y pedazos de cristales por la acera, pero no había ni un muerto, ni un cuerpo por el suelo. Como si se los hubiesen llevado.

—Es como una de esas películas de zombis que te molan—indicó Emma.

—Puede ser, precisamente...

—No me explico que os han dado los indios a los de tu generación—me interrumpió José Manuel.

—¿Qué quieres decir con los de mi generación?

—Ya sabes, a los de los 70 y primeros de los 80 os va el rollo de los indios, el Llanero Solitario y tal.

—¿Cuántos años te crees que tengo? ¡Lo del Llanero Solitario es de la época de mi padre!

—¿Y Bailando con lobos? Esa seguro que es de tu época.

—Esa sí, aunque no veo por qué eso implica que los de mi generación estemos obsesionados con los indios.

—Tú igual no, yo lo veo claro...

—Un día soñé que me follaba a mi padre.

Las palabras de Emma permanecieron flotando en el aire, nosotros, boquiabiertos, no acertamos a realizar ningún

comentario, en cambio, ella se quedó tan pancha, como siempre.

—¡Joder, qué fuerte!—exclamó Carlos tras recuperarse.

Emma se limitó a encogerse de hombros. Yo estaba perplejo, aquella, de ser verídico, correspondía a una confesión demasiado personal como para dejarla caer delante de unos casi desconocidos. Por otro lado, viendo cómo se comportaba normalmente, tampoco era, ni mucho menos, tan descabellado.

—Me voy a la cama—Emma se incorporó del sofá.

—No nos puedes dejar así—demandó Carlos.

—Claro que puedo.

Abandonó el salón, así que nos quedamos los tres solos, mirándonos y flipando con la situación.

—Es mentira. Nos ha tomado el pelo—apuntó José Manuel.

—Igual no, es una persona bastante peculiar, todo un carácter. No me parece tan raro—expuso Carlos.

—¿No te parece raro? ¡Pero eso es muy fuerte, incluso ilegal!

—Al final es un sueño—tercié—. No quiere decir que lo haya hecho, ni que lo haya soñado siquiera. Ella es así.

—Así, ¿cómo?

Escuché la voz de Emma detrás de mí. Había retornado a la sala mientras conversábamos sobre ella. Cuando le vi la cara, esta lucía una expresión pícara.

—Mira que sois simples los tíos. Estáis ahí con vuestras mierdas sin sentido, que si los indios por aquí, que si los toreros por allá, y con cuatro palabras se os deja tiesos. Me parto.

—No te creas que es para tanto—intenté parecer indiferente.

—¿Ah, no? Entonces ¿de qué estabais hablando?

A los chicos se nos escapó una risilla. Nos habían pillado.

—Ahora sí que me voy a la cama y, por cierto, no me extrañaría que alguno de vosotros tuviera mañana un sueño nuevo que contar—guiñó un ojo antes de marcharse.

—¿Pero lo soñó o no? —susurró Carlos según la perdimos de vista.

XV

Al día siguiente me levanté temprano y me preparé un buen desayuno. Estaba leyendo la versión digital del periódico cuando sonó el aviso de que me había llegado un mensaje al móvil. Agarré el teléfono, abrí el WhatsApp y sentí como se iba fastidiando la mañana. El mensaje era de Maripi.

“Miguel! No me has contestado 😞. Necesito que me confirmes que vienes. No me falles!!!!”

—Joder—solté un exabrupto.

—¿Algún problema?

Pegué un brinco que casi me caigo del taburete. Por segunda vez en muy poco tiempo, Emma aparecía como un fantasma y me pillaba por sorpresa. Era una lástima que ninguna empresa estuviese buscando un ninja, reparando en sus habilidades, dejaría pronto de estar en paro.

—¡Menudo susto me has dado!

—Tranqui, tío. Te asustas fácilmente, ¿no crees?

—Sí, últimamente sí.

Me mordí la lengua y evité recordarle los sobresaltos que habíamos sufrido en casa los últimos días, disparos con balas de plástico incluidos.

—¿Malas noticias? —preguntó, señalando el móvil.

—No, no. Es sólo una invitación para ir a una fiesta.

—Intolerable, una fiesta, que horror. Incluso correrías el riesgo de pasártelo bien.

Me estaba vacilando de nuevo. Sonreí y procuré no entrar al trapo.

—Una fiesta con mis antiguos amigos de la adolescencia que se han convertido en unos pijos. Bueno, eso ya lo eran de antes—apunté—. Vamos que son el típico grupo de triunfadores con doscientas personas a su cargo, un sueldo de escándalo y un chalé en algún sitio exclusivo. Luego está también mi primo que, la verdad, no sabría describírtelo.

—¿De adolescente eras pijo?

—¿De todo lo que te he dicho te quedas con eso?

—Es que no te veo de pijo.

—Es que no lo era.

—Pero tienes amigos que lo son y que, según tú, lo eran de antes.

—Si le vas a sacar punta a todo, no te cuento nada más.

—Vale—asintió para, a continuación, ignorarme según se dirigía hacia la nevera.

Me quedé chafado. No sólo me dejaba con la palabra en la boca, haciéndome pasar por un idiota, sino que lo conseguía con un donaire muy natural.

—¿Sabes el verdadero motivo por el que no quiero ir?—continué con la conversación.

—La verdad que no—repuso, sacando una botella de zumo del frigorífico.

—Porque estoy seguro de que la persona que me ha enviado el mensaje me ha preparado una especie de cita a ciegas, con alguna mujer de su elección.

—¡Qué suerte tienes! Te buscan novia y aun te quejas.

—Ya ves—procuré emplear su mismo tono irónico—. La cuestión es que nunca sale bien.

Aquellos encuentros fueron un completo desastre, sin excepción. Tenía tantas anécdotas como para escribir un monólogo del Club de la Comedia.

—Pues vete con pareja y te dejarán en paz.

—Justo ahora eso es un problema porque no tengo pareja.

Aquella confesión era lo más personal que le había contado a Emma desde que la conocí en el metro.

—Vete con una amiga.

—No tengo muchas amigas y las pocas que tengo ya van a ir a la fiesta por su cuenta.

Emma se mantuvo pensativa y por un momento parecía que iba a decir algo. En vez de hablar, le dio un trago al zumo y meneó la cabeza de un lado al otro.

—Si quieres puedo ir contigo. Como colegas, no te hagas ilusiones.

Sin esperar mi respuesta, se marchó de la cocina y desapareció por la puerta del pasillo.

*

No bromeaba cuando dije que las citas a ciegas que me organizaba Maripi eran un desastre. Ella me echaba la culpa por mi falta de actitud. Yo no sé si la llevaba buena o mala, lo cual, no quitaba que fueran con gente que parecía sacada de otro planeta. Recuerdo una de ellas donde, además, mi presunta pareja me utilizó como a un pelele.

Maripi me dijo que la tía era un bombón, lista, simpática y que se podía sentir atraída por chicos como yo. No comprendí a qué se refería con lo de “*chicos como yo*”. Tampoco indagué, ni tenía claro si debía enfadarme o no, pero antes de discutir con ella, prefería tirarme por un puente.

—Es una mujer muy directa—me contó Maripi—. A veces intimida un poco a los hombres, ya sabes, aunque estoy segura de que a ti no te va a pasar.

A regañadientes, intimidado incluso antes de conocerla, acepté la invitación y quedé para cenar con una tal Sonia.

*

El restaurante era un lugar agradable en el que servían comida asiática. Constaba de un espacio muy amplio y estaba decorado con buen gusto, mediante motivos orientales sin parecer el chino de la esquina. Llegué primero y me acompañaron a una mesa para dos, junto a una pecera en la que nadaban unos peces grandes y exóticos. Me senté donde me indicaron y pedí una cerveza. Mientras me traían la bebida, curioseé acerca de las personas que tenía alrededor. Había mucha gente joven, parejas en su mayoría. También se veían grupos de amigos que charlaban animadamente. Todos parecían estar de buen humor y se respiraba un gran ambiente. Me sentí más optimista acerca de la cita.

“*Igual funciona*”, traté de animarme.

Diez minutos más tarde apareció una mujer muy alta que llevaba un vestido largo y ceñido de color verde. Calzaba unos enormes tacones, que le hacían parecer aún más alta. Exhibía una lustrosa melena castaña y su rostro era armonioso. Sin poder decir que fuera guapa, el conjunto resultaba bastante atractivo.

La mujer departía con uno de los camareros que, a continuación, señaló la mesa en la que me encontraba.

“Sí, parece que esta vez podría funcionar”, aventuré, dejando volar mi imaginación.

Sonia se acercó a la mesa con paso firme y decidido, cuando se encontraba a un par de metros se dirigió a mí.

—Supongo que eres Miguel.

—Así es. Tu eres Sonia, ¿verdad?

Sonia se sentó sin más saludo ni ceremonia y comenzó a ojear la carta.

—¿Habías venido aquí?

—No, no había estado aquí antes.

—Alguien me dijo que el “*Takoyaki*” es muy bueno en este sitio.

Me limité a asentir. No tenía ni idea de lo que era el “*Takoyaki*”. Advertí que, desde que se había sentado, no me había dirigido la mirada, la cual, permanecía fija en las páginas del menú.

—Sí, me parece que pediré el “*Takoyaki*”. ¿Te apetece algún entrante?

—Claro, ¿por qué no los eliges tu? —sugerí.

En el instante que el camarero terminó de tomar la comanda, ella agarró el móvil y comenzó a escribir frenética.

—Así que eres amiga de Maripi—traté de romper el hielo.

—No, no creo que seamos amigas—respondió sin dejar de usar el teléfono—. Más bien, somos compañeras de trabajo.

—Ya veo.

Empezaba a molestarme su actitud, especialmente que actuase como si no estuviese allí.

—¿A qué te dedicas?—me preguntó.

—Soy informático en un banco.

—¿Lideras el departamento de IT de un banco?
—curiosa, me miró a los ojos por primera vez desde que se sentó.

No me puedo imaginar como de “*soy informático en...*”, alguien pueda interpretar que seas, nada menos, el jefe de informática de todo un banco. Quizás fue porque no le cabía otra cosa en la cabeza, hay gente así, o porque, conociendo a Maripi, un director de lo que fuera era lo menos que se podía esperar de su parte. El caso es que presumió que yo debía ser un pez gordo y, evidentemente, la ilusión no podía durar mucho.

—Yo no diría tanto.

Como sospechaba, la respuesta no le convenció.

—¿De qué conoces a Maripi?—indagó, extrañada.

—Nos criamos juntos. Somos vecinos de toda la vida.

Se mantuvo en silencio por unos segundos hasta que murmuró.

—Vale. Me sirve igual.

—¿Te sirve?¿De qué te sirve?—el comentario había conseguido ponerme en alerta.

—Nada, olvídalo. ¿Te parece que estoy buena?

No me esperaba ni el cambio de tema, ni esa pregunta tan directa.

—¿Cómo?—fue lo único que atiné a decir.

—No te hagas el tonto— continuó —. ¿Te parece que estoy buena o no?

—Sí, no sé, supongo que sí—musité, acordándome de la familia de Maripi.

Por suerte llegó la comida y pude zafarme del interrogatorio. El resto de la cena hablamos poco y ella comprobaba continuamente el móvil.

—Joder, estos sociatas parece que van a ganar otra vez—exclamó, tras leer una noticia en el teléfono.

—¿Tan mal te parece?

La cena era ya un desastre, así que qué más daba si la mandaba a tomar por saco.

—¿De qué vas? Por supuesto que es una catástrofe.

—Eso es interpretable.

—Tócate los cojones— dio un sonoro manotazo sobre la mesa—. ¡Me ha tocado un progre!

Aquello de progre me recordaba a mi primo Toño y a mi padre también. Vosotros los progres por aquí, vaya con los progres por allá. A mi entender utilizaban “*progres*”, aunque en realidad querían decir “*rojos*”. Lo decían además como si te escupiesen a la cara, como si ser progresista fuese comparable a ser un pederasta o un violador. Supongo que será una cuestión de tiempo que los de derechas se dejen de eufemismos, tan empoderados como están hoy en día, y que nos llamen lo que se les ponga de ahí, “*rojos*” incluido.

—¿Algún problema? Veo que sí—no permití que me rebatiera—. ¿No te has parado a pensar que si salen de nuevo es que es porque les han votado?

—Ya estamos con lo de votar. ¿Sabes qué me parece a mí lo de votar? —no me concedió ni un instante para responder—. Me resulta increíble que el voto de un analfabeto y el de un ingeniero valgan lo mismo. Así va el país.

—Creo que se llama democracia, guapa. Por cierto, no me has dicho a qué te dedicas. Un momento—intenté aplicar una de las famosas pausas dramáticas de mi padre—, ¿no serás ingeniera?

El silencio que vino después no dejó la más mínima duda, por supuesto que era ingeniera.

—Mira, esto no funciona...—comencé a decir cuando Sonia levantó la mano interrumpiéndome.

—¡Calla!

Su atención se centró en una pareja que acababa de acceder al local y que esperaban a ser atendidos. Él era un tipo alto y con muy buena planta, un tanto clásico, que parecía sacado de un capítulo de “*Mad men*”. Ella era una mujer de unos veinticinco años, rubia y muy atractiva, que se reía de algo que relataba su pareja.

Sonia no les perdía de vista. Cuando el camarero apareció, chequeó su reserva y les pidió que le siguieran, se levantó como una exhalación de nuestra mesa.

—¡Así que a esto te dedicas!—profirió situándose frente a la pareja, en mitad del salón—. ¡Ahora me la pegas con esta fulana!

—¡Oye, a quién estás llamando fulana! —se indignó la joven.

El rostro del hombre dejaba entrever una intensa rabia contenida, si bien, consiguió controlarla, conservando el tipo bastante bien.

—Sonia, por favor. No tienes derecho...

—¡Claro que tengo derecho!

“*No soy el único al que interrumpes*”, pensé irónico.

—Tu y yo ya no estamos juntos, se acabó.

—Eso ya lo veremos.

—¿Qué coño hay que ver? Además, veo que tampoco has venido sola.

Los tres se giraron al unísono hacia donde estaba yo sentado. No sabía dónde meterme, así que juzgué que la única solución era huir. Me levanté con una sonrisa estúpida en la cara y las manos en alto, dando a entender que aquello no iba

conmigo. Saqué la cartera, dejé un billete de 50 euros en la mesa y salí de allí con la mirada fija en el suelo.

Justo en el momento que abandonaba el salón, me pareció oír como Sonia y su exnovio retomaban la discusión. No había llegado a la puerta de salida del restaurante, cuando escuché el estruendo de un montón de cristales cayendo al suelo.

—¡Mi vestido, mi vestido!—pude distinguir que alguien gritaba entre el alboroto generalizado.

Ni siquiera giré la cabeza, simplemente, apreté el paso.

*

En ocasiones me pregunto por qué Sonia montó la pantomima de la cita a ciegas, para acabar pillando a su ex con otra. Si sabía dónde iban a ir a cenar, no tenía más que ir allí, esperar a que aparecieran tomando un vino y liarla a gusto. ¿Qué pintaba yo en este follón? ¿Por qué no podía ir sola?

A lo mejor fue por pura soberbia en plan; si tú vas con tu nueva conquista, yo también, no te vayas a crees que yo soy menos que tú. Como sé que vas a ir con un bombón, le digo a Maripi, que tienen buenos contactos, que me busque un tío apañado y listo. Luego aparecí yo, del montón y encima progre, y esa parte del plan se le fue al garete. Sin embargo, daba igual, porque lo importante era cantarle la gallina a su ex. Toda esta historia me la imagino, ya que no se lo llegué a preguntar a Maripi, ni ella a mí, silencio total, como si no hubiera pasado.

Releo estas líneas que estoy escribiendo y me da la sensación de que exagero un poco. No es cierto que todas las citas que me organizó Maripi fueran tan mal, ni mucho menos, normalmente eran sólo aburridas. Era evidente que, mi celestina particular tenía una idea muy distinta a la mía,

respecto del tipo de mujer que me convenía. Por supuesto, yo carecía del criterio adecuado y, por ese motivo, no tenía la intención de rendirse en su empeño por mostrarme el camino correcto.

XVI

La oficina es un sitio que al principio te parece muy feo, inhóspito y en el que no te ves pasando ocho horas cada día. Luego pasan los años y sigue siendo igual de feo, pero te sientes casi tan cómodo como en tu cuarto de estar. La rutina todo lo puede, como una especie de sistema de seguridad inconsciente, que asimila que te vas a tirar allí un tercio de tu vida.

Compartía un pequeño despacho con mi compañero Tomás. Tomás se dedicaba a lo mismo que yo, entramos en la oficina más o menos al mismo tiempo y compartía mis pocas perspectivas de futuro. Así que nos llevábamos bien, sin exagerar, porque no se podía decir que fuésemos amigos. Al menos no competíamos entre nosotros, en realidad, no competíamos con nadie, toda una novedad en el banco.

Nuestro habitáculo era estrecho y alargado, con un par de mesas pegadas a la pared y, justo detrás, unos grandes armarios que contenían una gran cantidad de equipos viejos y cables de mil tipos. Las estanterías se encontraban llenas de trastos y rara vez cogíamos algo de allí. Era lo más parecido a un cementerio de elefantes para material informático obsoleto, los chismes que caían ahí se quedaban cogiendo

polvo para siempre. Tampoco nos planteábamos deshacernos de aquel material inútil, simplemente estaba allí. No faltaban compañeros que nos decían que aquello valía una pasta y que deberíamos forrarnos subastándolo en eBay. Con esto de las cosas viejas hay mucho mito y, por lo general, no valen nada, en especial, si son artículos relacionados con la electrónica. Que alguien haya sacado tajada por una Atari en internet, no quería decir que fuera a pasar lo mismo con el antiguo 486 de Pascual el contable. Es igual con los cómics, aunque te encuentres en casa de tu abuela un tebeo viejo y mohoso, no significa que tengas un incunable de valor incalculable, probablemente, se tratará tan sólo de un tebeo viejo y mohoso.

No había ventanas, ni ningún otro tipo de luz natural, en nuestro habitáculo. Es una costumbre bastante común y que he comentado con varios compañeros de la universidad. No comprendo por qué los informáticos somos, entre todos los departamentos, los únicos que acabamos en el cuarto de los ratones. Se pensarán que al trabajar el día entero con la pantalla del ordenador (como si fuéramos los únicos) la luz es irrelevante, un lujo del que podemos prescindir. Pero eso no es cierto en absoluto y, de hecho, creo que hasta José Manuel prefiere programar con la persiana subida. Bien pensado, no puedo asegurar ese extremo, José Manuel es mucho José Manuel.

*

Ese lunes entré en el despacho y Tomás me estaba esperando con gesto aprensivo.

—¿Has hablado con Vázquez?—me preguntó según me vio entrar—. Te ha estado llamando.

Me fijé en el móvil y verifiqué que tenía unos cuantos mensajes, informándome de las llamadas perdidas de mi jefe.

—Vaya es cierto, en el metro no tengo cobertura—
expliqué—. ¿Te ha dicho qué ha pasado? ¿Algo grave?

—Creo que lo mejor es que hables con él—indicó con
cara de circunstancias.

De camino al hospital pensé en la reacción de mi
compañero al verme. Me asustó de veras, sin embargo, no me
imaginé que era porque mi padre estaba ingresado. Al
parecer, se había desmayado nada más llegar a la oficina y lo
habían trasladado en ambulancia a urgencias. Eso me lo
contó mi jefe Vázquez, serio y circunspecto, que conocía a
mi padre de toda la vida. No obstante, a la que me dirigía a
su despacho, ignorado lo que ocurría, se me pasaron cuarenta
cosas por la cabeza y ninguna buena, porque ver a Tomás tan
turbado me llevó pensar que la había cagado de verdad.

Salí de la oficina como una exhalación y paré un taxi. Ya
en el coche, sabiendo que era más bien inútil, llamé a mi
padre quien tenía el móvil apagado, provocando que saltase
el contestador automático. Llegué al hospital pocos minutos
después. Pagué al taxista y me dirigí a la entrada de
urgencias. Allí, pregunté por él en el control. El auxiliar me
solicitó el nombre completo y empezó a teclear de manera
mecánica. Estuvo un minuto concentrado en la pantalla del
ordenador y chasqueó la lengua en un explícito gesto de
desaprobación.

—Efectivamente está aquí—me dijo sin mirarme
siquiera—. De momento no hay más. Pase a la sala contigua,
por favor. Le irán informando.

—¿Cuándo?

—No le puedo decir. Sólo que será a lo largo de la
mañana.

He sido siempre muy aprensivo, así que estar en un
hospital me ponía aún más nervioso de lo que ya estaba. Allí

sentado, me fijé en la multitud que tenía alrededor. La sala estaba bastante llena y había una gran variedad, desde personas mayores, hasta niños, oficinistas en traje y operarios con el mono de trabajo, españoles e inmigrantes. En definitiva, de todo. Pensé que la enfermedad es muy democrática ya que no entiende de clases sociales. Me refiero a enfermar, claro, lo de curarse es otra historia porque, dependiendo del diagnóstico, el dinero importa y mucho.

Puedes saber cuánto tiempo lleva alguien esperando, analizando su postura. Al principio te sientas muy digno en uno de esos bancos metálicos grises que apenas están acolchados. Los primeros minutos aguantas razonablemente, con la espalda recta y bien apoyada, sin pasarte, tampoco quieres tocar demasiado, al fin y al cabo, se trata de un hospital. Segundo a segundo, te sientes más rígido e intentas acomodarte. Los escrúpulos van desapareciendo y te recuestas más y más, hasta que acabas repantingado sin saber si al día siguiente te dolerá la espalda, los riñones, la rabadilla o el cuerpo entero.

Así pasé buena parte de la mañana según la gente iba y venía sin tener noticias de mi padre. Un par de veces me levanté a preguntar al auxiliar que, sin levantar la vista del monitor, me señaló que tenía que seguir esperando.

Eran casi las dos de la tarde y empezaba a tener hambre. Algunas de las personas que se encontraban allí, empezaron a abandonar la sala de espera buscando algún sitio donde tomar algo. Estaba buscando en el móvil un restaurante para ir a comer, cuando alguien pronunció el nombre de mi padre en alto.

—Familiares de Francisco Gutiérrez.

El doctor que salió a buscarme era extremadamente joven o eso me pareció. Era alto y muy delgado, hasta el

punto de que la bata aparentaba ser un par de tallas más amplia de lo necesario. Se adivinaba un principio de barba en su rostro, más bien lampiño, y sus gafas, como el resto de su vestimenta, eran también más grandes de lo que suponía. Su cabello revuelto y sus ojos hinchados denotaban un inmenso cansancio. Me pregunté cuándo fue la última vez que durmió en una cama. Había oído hablar de las guardias infinitas en los hospitales y aquel chico parecía que venía de cubrir la más larga de ellas. Aunque, insisto, fue su edad lo más llamativo y, si me lo hubieran señalado por la calle, habría dicho que era un estudiante de primer curso.

—Sí, soy su hijo—respondí inmediatamente.

—Buenas tardes, soy el doctor Angulo—se presentó—. Su padre se encuentra estable y fuera de peligro por el momento.

Experimenté un profundo desahogo al constatar que estaba fuera de peligro. Es curioso que seguía sin tener ni idea de cómo se encontraba, sin embargo, me dio igual para sentirme aliviado, ya que lo importante era que seguía con vida. El joven doctor percibió mi desahogo y se permitió esbozar un gesto de satisfacción.

—Muchas gracias, doctor—le agradecí de corazón.

—Sin embargo, ha sido un aviso muy serio. Francisco ha sufrido un ataque al corazón y por suerte se ha llegado a tiempo. Aun así, va a tener que cuidarse, cambiar de hábitos y vigilar el estrés.

—Muy bien, hablaré con él—me comprometí.

—Ahora se encuentra descansando y está en la UCI. Esta tarde le avisarán y podrá pasar un momento. Si sigue así, le trasladaremos pronto a planta.

Como me había informado el doctor, me dejaron acceder a la UCI durante unos minutos. Desde cierta distancia, pude

verle allí tumbado en la cama, con el pecho lleno de cables y respirando mediante unos tubos conectados a una máquina. Estaba despierto y me reconoció, pero tan sólo me hizo un gesto con la cabeza ya que no podía moverse mucho. La enfermera de guardia me urgió a que le dejara descansar.

—Lo mejor es que se vaya a casa—me dijo con ese tono firme, característico de los sanitarios.

Tenía razón, poco podía hacer allí. Sólo restaba hacerle caso e irme.

Anocheecía cuando abandoné el complejo, utilizando la salida de urgencias por donde había entrado unas horas antes. Carecía de las fuerzas necesarias para volverme en metro, por lo que me encaminé al acceso principal, donde se situaba una parada de taxis. Me senté en el asiento trasero del vehículo y le indiqué mi dirección al taxista. Estaba agotado en todos los sentidos. De hecho, casi me quedé dormido mecido por el rítmico movimiento del coche. Llegamos a nuestro destino y pagué la carrera. Subí por las escaleras deseando no cruzarme con ninguno de mis compañeros de piso, bastante intenso había sido el lunes, como para enredarme con los disparates de esos locos con los que vivía. Afortunadamente, llegué a mi habitación sin encontrarme con nadie, cerré la puerta detrás de mí y me desplomé sobre la cama anhelando que aquel día hubiera sido una pesadilla.

XVII

Noté un golpecito en el hombro. Gruñí algo en sueños, rodando hacia el otro lado de la cama. Pocos segundos después sentí un nuevo toque. A continuación, otro, luego uno más. Los ignoré, estaba demasiado cansado.

—¡Miguel!—farfulló alguien de forma contenida.

“*Qué sueño más raro*”, pensé.

—¡Miguel!—me zarandearon, asiéndome por los hombros.

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa! —me incorporé como un resorte con el corazón en la boca.

Era mi padre el que estaba ingresado, pero, si seguía así, no iba a tardar mucho en acompañarle. Entreabriendo los ojos distinguí a José Manuel que lucía aún más lívido que yo.

—¡Joder, qué haces aquí!—le grité sin más miramientos.

—Necesito ayuda—murmuró avergonzado.

Despacio, me recuperé del sobresalto y fijé mi atención en José Manuel que estaba descompuesto.

—¿Qué haces en mi cuarto? —demandé una respuesta con toda la mala intención del mundo—. ¿No teníamos un acuerdo por que el no podíamos entrar en la habitación del otro?

—Es una emergencia—balbuceó.

—Recuerdo que incluimos expresamente que, bajo ningún concepto, incluidas emergencias, se podía entrar en la habitación del otro.

—Es una emergencia, es una emergencia, es una emergencia —entró en bucle mientras se llevaba las manos a la cara.

Aunque una parte de mí pretendía seguir hurgando en la herida, no pude hacerlo. José Manuel estaba pasando un mal rato y no tenía que haber sido nada fácil para él, romper las condiciones del contrato que tanto había insistido en incluir. Claro que también se lo tenía bien merecido por ser tan incongruente, obstinado y turbio.

—José Manuel, tranquilízate y cuéntame qué te pasa.

—Estoy jodido, estoy jodido de verdad, la he cagado.

—Creo que mi dormitorio no es el mejor sitio para de hablar de esto—expuse, levantándome de la cama—. Vamos a la cocina.

Me siguió dócilmente con la cabeza gacha, murmurando entre dientes. Ya en la cocina, le pregunté si quería un café y me respondió que sí. Se lo preparé, coloqué la taza delante de él y me senté justo enfrente.

—Cuéntame qué pasa.

José Manuel, que aparentaba estar más templado, tomo un sorbo de café antes de empezar a hablar.

—¿Has visto alguna vez Mr. Robot?

Se me notó bastante que no me esperaba aquella pregunta. De inmediato, sentí una mezcla de cansancio y sorpresa.

“¿De verdad ha montado este drama por una serie de televisión?”, me dije. “Como sólo sea eso, te juro que lo mato”.

—Sí, la he visto alguna vez—respondí con rabia contenida.

—Entonces sabrás a qué se dedicaba el protagonista.

Mr. Robot es una serie de televisión que trata de un informático que, en resumen, se convierte en una especie de héroe de los hackers antisistema.

Asentí y, con un gesto, le invité a continuar.

—Pues yo me dedico a algo parecido.

—¿A qué te refieres?— de improviso, la conversación se ponía interesante—. ¿Qué trabajas en ciberseguridad, que eres un hacker o las dos cosas al mismo tiempo?

José Manuel respiró hondo, era evidente que hacía un esfuerzo cuando tenía que exhibir algún aspecto de su vida privada.

—En realidad me dedico a programar la página web de una cadena de supermercados—comentó avergonzado.

Ciertamente la web de un súper no es muy sugerente, sobre todo considerando el misterio que le había dado a las cláusulas adicionales del contrato.

—Pero ese no es motivo por el estoy bien jodido—continuó con el dramatismo—. Mis problemas vienen de que me gusta..., como decirlo, recopilar datos de la gente. Ya sabes, datos personales, datos comprometidos.

La última palabra quedó flotando en el aire.

—Continua por favor—mi curiosidad era genuina.

—Luego me pongo en contacto con los dueños de esos datos y les pido cosas.

—¿Qué quieres decir con lo de pedir cosas?

—Pues eso, que les pido cosas. Si me las dan, les devuelvo los datos y no los hago públicos.

—En otras palabras, les haces chantaje— por muchas vueltas que le diera, extorsionar gente era justo a lo que se dedicaba el muy cabrón encerrado en su cuarto todo el día.

José Manuel se ciñó a encogerse de hombros dando a entender que le daba igual que lo llamase chantaje, extorsión o pedir favores a cambio de mantener ciertos secretos.

—Hace unos días encontré unas fotos de un tipo con una chica jovencísima, tanto, que igual es hasta ilegal. Las fotos eran muy fuertes, así que hurgué en las fuentes. Resultó que son de un empresario que no sólo está casado, sino que, además, está forrado—hizo una pequeña pausa que aprovechó para darle otro trago al café—. Le mandé un mensaje y le pedí cincuenta mil euros.

“¡Cincuenta mil euros! Joder con el friki”, razoné. No, no se andaba con chiquitas. Aun así, había una cuestión que no me cuadraba.

—Perdona José Manuel—le interrumpí—. Por lo que sé de la serie, el protagonista de *Mr. Robot* no pedía dinero a los pederastas, directamente les denunciaba.

No me pude resistir a soltárselo. En *Mr. Robot* había algo de justicia social que Elliot Alderson aplicaba por su cuenta. Sin embargo, daba la impresión de que la justicia era lo de menos para José Manuel.

—El tío no se lo tomó en serio conque le envié un par de las fotos que tenía—continuó ignorando mi comentario sobre la serie—. Se enfadó y amenazó con matarme. Al principio no me preocupó, a veces lo hacen.

Según me lo estaba relatando, percibía como se iba angustiando cada vez más.

—Seguía sin querer pagar. Cuando contactaba con él me amenazaba y me insultaba, así que le mandé un ultimátum para que viera que iba en serio. En el último mensaje incluí

la dirección de email de su mujer y le dije que el siguiente correo era para ella.

José Manuel enmudeció, intentaba hablar, pero no le salía la voz del cuerpo, tan sólo emitía un lamento grave y continuo que, a decir verdad, sonaba un poco ridículo. Tal era su congoja que no sólo consiguió darme lástima, sino que, de alguna forma, sentí un esbozo de simpatía por él.

—Venga José Manuel, tranquilízate —procuré animarlo—. Seguro que no es para tanto.

Me hizo caso. Levantó la vista, se sorbió los mocos, respiró hondo y continuó su relato.

—Estuve un par de días esperando sin éxito. No me contestó, ni me mandó el dinero, ni me amenazó más. Entonces, cuando estaba pensando en darle otra vuelta de tuerca, me llegó esto.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y me lo ofreció. La pantalla mostraba un email.

“Como ves no eres el único que sabe piratear los móviles de la gente. Ahora que sé quién eres, prepárate porque voy a ir a por ti, hijo de puta.”

—Me has dicho que es normal que te amenacen —comenté en cuanto lo acabé de leer.

—¡Es que me lo ha enviado al correo del curro!—aulló.

José Manuel, nervioso, se levantó del taburete como un resorte y comenzó a andar de un lado al otro de la cocina.

—¿No lo entiendes? ¡Sabe quién soy! —movía frenéticamente los brazos—. Me va a matar, fijo que lo hace.

—No, no lo creo, seguro que no es para tanto—repetí—. Te habrá mandado ese mensaje para que le dejes en paz.

—No, no, no—negaba moviendo el dedo—. No te equivoques. Nadie se toma tantas molestias sólo para eso.

Soy un profesional, tío. Para encontrarme se ha tenido que gastar un dinero y ahora se lo va a cobrar.

No sabía que decir, ni que hacer. Estaba casi convencido de que se trataba de una estrategia para forzar a José Manuel a olvidar el asunto. De esta manera se llegaba a una especie de empate tácito, donde no tenía sentido el chantaje. No obstante, ¿y si tenía razón? En ese caso, tenía un problema, un buen problema. Por otro lado, ¿qué pintaba yo en todo esto? Ni siquiera era mi amigo, era un mero inquilino con el que no había conseguido entablar relación alguna más que para discutir. Ahora, ahí estaba con él, a las dos de la mañana, en la cocina de mi casa.

José Manuel se acercó a mí con cara de cordero degollado y los ojos vidriosos.

—Tienes que ayudarme—sentenció.

—¿Pero qué coño quieres que haga yo? —pregunté estupefacto.

Me salió del alma y era cierto. No tengo madera de héroe, ni quiero tenerla. Si algo me ha definido toda mi vida es que tiendo a evitar conflictos, en particular, los que implican amenazas de muerte a extorsionadores por parte de presuntos adúlteros.

—Seguro que sabes qué hay que hacer.

—No, José Manuel—indiqué muy serio—no tengo ni idea de qué hacer. Quizás deberías ir a la policía y denunciarlo.

Me miró como si estuviese loco.

—¿Eres bobo?¿Cómo voy a ir a la policía? — instantáneamente, su actitud cambió de la súplica a la ira—.¿Eso es lo único que se te ocurre?

José Manuel comprendió que no le podía ayudar. Lanzó un juramento entre dientes y reemprendió la marcha, yendo de un lado al otro de la cocina.

Por mi parte, conté hasta tres en vez de darme la vuelta y volver a mi cama, que es lo que debería haber hecho desde un principio. Hasta cuando pedía ayuda se comportaba como un auténtico gilipollas, mostrando la empatía de un percebe. Además, atendiendo a sus negocios, se merecía una buena lección, por mucho que llorase como un niño.

“*Que le den*”, decidí.

Me encontraba pensando en una excusa para dar la conversación por acabada, cuando escuché un ruido detrás de mí.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó Emma con su tonillo irreverente, tan característico—. ¿No estaréis haciendo manitas?

*

Probablemente fuera por su propia desesperación irracional o por algún motivo que se me escapa, si bien, José Manuel se lo contó todo a Emma. Lo hizo del tirón, casi sin respirar y sin omitir ningún detalle.

Emma, que venía de quedar con alguien, se la veía contenta, un poco achispada incluso. Procuré no mantener la vista fija en ella, aunque fue difícil. Estaba encantadora con su vestido rojo y el pelo recogido en la nuca, como el día que la conocí. Una parte de mí sintió una profunda envidia por el que hubiera estado con ella esa noche.

José Manuel acabó su relato exhausto, si ya le había costado un mundo contarme sus secretos, hacerlo delante de Emma había sido demoledor. Con la misma cara de pena y ansia que me había puesto a mí unos minutos antes, José Manuel aguardaba su respuesta.

—¿Puedo ver las fotos y los correos que os habéis estado enviando? —solicitó muy seria.

El informático chantajista, como empezaría a llamarle Emma a partir de esa noche, se levantó como un rayo y entró a su habitación para, poco después, salir de esta con su enorme portátil en las manos. Colocó el ordenador frente a ella sobre la mesa, le entregó el ratón inalámbrico y se sentó en un taburete a su lado. Yo agarré el mío y, milímetro a milímetro, me fui arrimando para situarme justo al otro lado de Emma, con la intención de no perderme nada. Ya que me habían despertado de madrugada, calmar mi curiosidad era lo mínimo que me iba a llevar de allí.

La pantalla mostraba una cuenta de correo de Gmail. La cuenta tenía el explícito nombre de “*tevoyajoder@gmail.com*”. Era evidente que José Manuel iba al grano desde el principio.

Emma asió el ratón y fue bajando con el *scroll* hasta que llegó al primer email. A partir de ahí, los fue leyendo de abajo a arriba.

—¿Estas son las fotos que le mandaste?—preguntó abriendo los archivos.

José Manuel asintió.

Las fotos mostraban a un hombre desnudo, de mediana edad, que sujetaba una cuerda mientras una chica, muy joven, poco más mayor que una adolescente, estaba tumbada en una cama. La joven tan sólo llevaba puesto un tanga y tenía los brazos atados al cabecero de la cama.

—No son las más fuertes que tengo. Las hay mucho peores que guardaba por si seguía sin pagar—explicó, como si se estuviese refiriendo a las fotos de las vacaciones en la playa.

Emma prosiguió leyendo hasta que llegó al email, donde se amenazaba al adúltero con mostrar las imágenes a su esposa.

—Este es el email de su mujer, ¿no?

—Sí— confirmó mi inquilino.

Lo ocurrido después cuesta más contarlo que hacerlo. Emma seleccionó la dirección de correo de la mujer y la copió con el botón derecho del ratón. A continuación, hizo “*click*” en reenviar, pegó la dirección de correo en el apartado de destinatarios y presionó el botón de envío. Apenas tardó dos o tres segundos en realizar todo el proceso.

—¡Qué has hecho, zorra!— gritó fuera de sí.

Torpemente, levantó los brazos con la intención de golpearla. Emma fue más rápida, apoyó el pie en el taburete donde estaba sentado José Manuel y empujó con fuerza. Este cayó al suelo como un fardo de paja. Ella aprovechó para colocarse delante de él, presionando su cuello con el pie.

—Salvarte el culo, eso es justo lo que he hecho—expuso muy tranquila—. ¿No crees que ahora ese tipejo tiene otros problemas de los que preocuparse? Me apuesto un millón de euros a que has pasado a ser la última de sus preocupaciones.

José Manuel comprendió de inmediato el razonamiento expuesto por Emma y, a pesar de tener el tacón de su zapato presionándole la tráquea, su rostro reflejó un gran alivio.

—Eso sí, como me vuelvas a llamar zorra vas a descubrir el significado de estar jodido de verdad. ¿Comprendido?

*

De vuelta en la cama, permanecí reflexionando acerca de lo acontecido. También tenía dudas de si era lo correcto. No dudaba que el asqueroso ese se merecía cualquier cosa que le pasara.

¿Y José Manuel?

Desde luego no tenía ninguna intención altruista cuando se dedica a extorsionar a la gente, por mucho que fueran malas personas. Tampoco mostró ninguna emoción al ver las fotos de la chica. Las comentó sin más, como si fuera un mero instrumento para alcanzar su meta. No se podía asegurar que la joven fuera menor de edad, si bien, cabía la posibilidad. José Manuel no tuvo reparos en sacar partido de esa incertidumbre, la cual, añadía fuerza a sus demandas. Me pregunté qué habría hecho si, teniendo las fotos, no hubiera visto una oportunidad de sacar un buen dinero por ellas.

“*Seguramente nada*”, concluí a mi pesar.

Ese pensamiento me llevó a valorar la actitud de Emma. No comprendía por qué le había ayudado, si es que lo había hecho porque, conociéndola, me asaltaban unas cuantas preguntas.

¿Lo hizo por ayudar a José Manuel? ¿Para asegurarse que el empresario adúltero pagara caro sus vicios? ¿Enviar aquel mensaje zanjaba definitivamente el asunto?

No veía imposible que el empresario intentara vengarse de José Manuel por haber sacado a la luz sus miserias. Claro que yo tengo una imaginación muy viva y me hago unas ideas peregrinas de la realidad. La cuestión era si alguien se dedicaba a esas actividades porque, si me pasara a mí, estaba seguro de que no lo haría. Al final, la gente no se va vengando por ahí o, tal vez sí y, pensando mal, pudiera ser que Emma hubiera engañado a José Manuel, provocando que se confiara, para que le dieran su merecido en el futuro.

Me encontré mirando al techo con las dos manos detrás de la nuca, dándole vueltas y más vueltas, hasta que me percaté de que estaba desvariando. La vida no es como la novela que me estaba montando en la cabeza. Sin pensar más en ello, decidí cerrar los ojos y quedarme dormido.

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí,
si quieres seguir leyendo, visita el [siguiente
enlace](#).

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer el apoyo y cariño de mi madre Marisa y mi hermano Germán. Por supuesto, no me puedo olvidar de algunas personas que tanto me han ayudado; Aurora Rodríguez, Alicia Sánchez, Jesús Martínez, Silvia Martinoli, Jeremy Gombin-Sperling, Jorge Herrera y María Ibañez. Muchas gracias a todos.